



**LA NOVELA DE HUMOR EN AMÉRICA LATINA: INTERTEXTOS EN  
*DESPÍDETE DE TU PATRIMONIO ;MALDITO! Y OTROS CUENTOS***

Requisito parcial para optar al título de Magistra en Literatura

**MAESTRÍA EN LITERATURA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
2023**

**Autora: Juliana Alejandra Franco Aldana  
Director del trabajo de grado: Jeffrey Cedeño Barrero**

Yo, Juliana Alejandra Franco, declaro que este trabajo de grado, elaborado como requisito parcial para obtener el título de Maestría en Literatura en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Javeriana es de mi entera autoría, excepto en donde se indique lo contrario. Este documento no ha sido sometido para su calificación en ninguna otra institución académica.

Firma:

*Juliana Alejandra Franco*

Nombre completo: Juliana Alejandra Franco Aldana

Fecha: 1 de agosto de 2023

## **Agradecimientos**

A Jeffrey Cedeño, por aceptar este reto y enriquecer mi narrativa.

A mi familia, por creer y financiar este sueño.

A Gregorio, por alumbrar mi vida y hacerla mejor.

A Vanessa Silva, por celebrar el noble valor de la amistad a mi lado.

A Victoria González Mantilla, por darme la primera oportunidad.

A Gina Saraceni, por el tiempo dedicado y las valiosas explicaciones.

Al centenar de amigos y de amores que alguna vez tuve, pero que perdí.

A mí y para mí.

## Tabla de contenidos

<b>Capítulo 1: Fundamentación de la obra</b> .....	6
1. Introducción a la novela humorística en América Latina y descripción de los autores del corpus.....	6
2. Delimitación, problematización y argumentación de los elementos orgánicos de la obra.....	8
3. Herramientas del humor: juegos de palabras, ironía, sátira, exageración, incongruencia y sarcasmo.....	11
3.1 Juego de palabras.....	11
3.2 Ironía.....	11
3.3 Sátira.....	12
3.4 Exageración .....	12
3.5 Personajes caricaturescos .....	12
3.6 Incongruencias .....	13
3.7 Sarcasmo.....	13
4. Intertextualidad, resignificación y actualización de los personajes.....	14
5. Motivaciones para la realización de la obra y las transformaciones personales originadas por el proceso creativo.....	17
6. Crítica y autocrítica en la elaboración de la obra como instancia fundamental del ejercicio creativo.....	18
<b>Capítulo 2: Despidete de tu patrimonio ¡Maldito! y otros cuentos</b> .....	21
1. El carro de Lucas.....	21
2. El nuevo mundo de Macabex .....	28
3. Un pastel Chabela para Semana Santa .....	34
4. Despidete de tu patrimonio ¡Maldito! .....	41
5. Diva el hipopótamo.....	50
6. La peor de las ofensas.....	58

7. El último día en la tienda .....	64
8. Después de la Madrileña .....	70
9. Eso de ir a donde los putos.....	75
10. Ser África .....	81
11. Tantas veces Osaki.....	85
12. La ley de Claudio Aquiles Lalanne .....	92
<b>Bibliografía .....</b>	<b>98</b>
<b>Fuentes digitales.....</b>	<b>98</b>

## **Capítulo 1**

### **Fundamentación de la obra**

#### **1. Introducción a la novela humorística en América Latina y descripción de los autores del corpus:**

Resulta paradójico hablar del humor en América Latina. Parecería imposible describirnos desde el lugar de enunciación de lo paródico, satírico o irónico ¿Cómo se puede construir un discurso humorístico en un continente donde la violencia, la pobreza o la desigualdad son el pan de cada día? ¿Cómo podemos reírnos de nuestras tragedias?

La novela humorística latinoamericana ha detallado sucesos, no desde la solemnidad, todo lo contrario. Ha puesto la lupa en hechos inesperados, restando importancia a lo “solemne”. Ha descrito el mundo cotidiano desde una óptica más cercana, generando un sentimiento de identificación o de construcción de imaginarios colectivos.

La comedia permea los discursos literarios, pues es un rasgo propio de nuestra cultura, una forma de antídoto para enfrentar la realidad, narrándola desde la exaltación de nuestros dichos, costumbres y formas de construir o entender el mundo.

Las obras pertenecientes al género humorístico cuentan con una rica variedad estilística, pues cada escritor, al plasmar sus ideas da relevancia a ciertas herramientas cómicas sobre otras, generando un sello propio. En el panorama de la literatura cómica latinoamericana encontramos novelas que mezclan lo irreverente con lo fantástico, algunas priorizan el aspecto paródico o la exageración y en otras el humor negro ocupa un papel fundamental.

En el siglo XX escritores de América Latina implementaron el humor en sus obras, con el fin de relatar aspectos cotidianos como forma de representación de la realidad. A través de ingeniosos juegos de palabras, autores como Julio Cortázar, José Donoso o Felisberto Hernández describieron un mundo lleno de situaciones hilarantes, con personajes paródicos que viven acontecimientos muchas veces absurdos.

Como contribución importante al género sobresale la obra del escritor peruano Alfredo Bryce Echenique, autor de las novelas *Un mundo para Julius* (1970) o *Tantas veces Pedro* (1981), entre otras. El universo cómico imaginado por Bryce Echenique se encuentra marcado por un humor blanco que describe una emocionalidad más bien tierna, en donde situaciones absurdas, casi ridículas están siempre presentes.

En este periodo de tiempo autoras como Laura Esquivel con su obra *Como agua para chocolate* (1989) o Clarice Lispector en *La hora de la estrella* (1977) retrataron aspectos cotidianos desde la parodia, cuestionando los estereotipos de género en una sociedad del siglo XX todavía conservadora. El humor de las escritoras puso bajo la lupa el funcionamiento de las instituciones, empezando por la familia. Fueron plasmadas la moral religiosa en contraposición con las relaciones afectivas o la vocación de los protagonistas.

Un autor que contribuyó al fortalecimiento del género fue Jorge Ibarguengoitia, quien construyó una narrativa satírica capaz de criticar la gobernanza latinoamericana y la historia oficial con obras como *Dos crímenes* (1979), *Instrucciones para vivir en México* (1984) y *Las muertas* (1977). El escritor mexicano crea una cosmología, en donde los personajes son ciudadanos del común que viven situaciones cómicas e irreverentes. Estas permiten cuestionarse sobre aspectos como la burocracia, la ciudadanía y las estructuras de poder.

Marco Denevi, con novelas como *Rosaura a las diez* (1955) o *Un pequeño Café* (1967), prefiere concebir personajes exagerados. Recrea una narrativa desde el humor negro. Escribe relatos mordaces, en donde exalta problemáticas sociales como la desigualdad, el machismo o el clasismo. Sus obras también exploran la corrupción estatal, la violencia y el poder, desde la sátira o la ironía.

Las peculiaridades de habitar sociedades donde la desigualdad, la falta de oportunidades, la violencia y las ansias de poder o de dinero son temas ampliamente abordados por la literatura de humor. Es así como los autores latinoamericanos han presentado una visión jocosa sobre las complejidades y las contradicciones propias de los distintos países latinoamericanos.

## **2. Delimitación, problematización y argumentación de los elementos orgánicos de la obra:**

Desde las referencias del corpus anteriormente mencionado y teniendo en cuenta que el humor es un género propicio para describir la realidad a partir de elementos que evocan lo ridículo, caricaturesco e incluso grotesco, he decidido crear una narrativa cómica que dialoga con la novela de humor latinoamericana del siglo XX, reescribiendo sus acciones, tiempos y espacios en un contexto más actual.

Intermediado por la lectura y reflexión acerca de las obras escritas por autores como: Jorge Ibarguengoitia, Laura Esquivel, Clarice Lispector, Felisberto Hernández, Julio Cortázar, Alfredo Bryce Echenique, Marco Denevi, Ana Vega o Carmen Vincenti elaboré un relato de ficción compuesto por doce cuentos, creados a partir de la interacción entre mi discurso narrativo y los personajes, situaciones, tiempos y espacios de las novelas mencionadas.

La ironía comprendida como “la expresión que da a entender algo contrario o diferente de lo que se dice, generalmente como burla disimulada”<sup>1</sup> y la sátira entendida como un “discurso o dicho agudo, picante y mordaz, dirigido a censurar o ridiculizar”<sup>2</sup> son dos conceptos básicos del humor que ayudaron a constituir la noción de comedia que llevé a cabo en mi poética.

Los cuentos que construí pretenden tender un puente entre el humor satírico e irónico y la intertextualidad, siendo ésta entendida como “la relación que un texto establece con otro u otros mediante procedimientos variados”<sup>3</sup>. El discurso humorístico que creé plantea un juego de lejanía y de acercamiento con los distintos referentes literarios.

A través de esa dinámica de lejanía y acercamiento a las obras cómicas latinoamericanas, mediada por un ejercicio intertextual, aspiré que el lector pudiera interactuar de una manera

---

<sup>1</sup> Real Academia Española, Diccionario de la lengua española-ironía. (Fecha de consulta: 18 de junio de 2023).

<sup>2</sup> Ibid-sátira. (Fecha de consulta: 17 de junio de 2023).

<sup>3</sup> Ibid-intertextualidad. (Fecha de consulta: 17 de junio de 2023).

lúdica con los distintos referentes, pero no desde una visión meramente académica, sino desde un contexto más cotidiano.

Para obtener la cercanía deseada con el lector, mi propuesta creativa plantea establecer una conexión entre el referente literario, mediante la desjerarquización del mismo y así construir un discurso cómico que evocara jocosidad, alegría y complicidad.

Una de las grandes dificultades a la hora de concebir un relato humorístico tiene que ver con la hipótesis de que el humor no corresponde a otra cosa más que a un elemento propio del entretenimiento. Este es en realidad una herramienta que invita a reflexionar o dialogar acerca de valores y patrones sociales contemporáneos.

Mi apuesta creativa se basó en la indagación del universo cómico, particularmente de los rasgos humorísticos propios de las novelas de América Latina del siglo XX. La noción de humor que quise adoptar emplea distintas técnicas paródicas como el absurdo o la exageración.

La obra parte del anhelo de escribir una narrativa que me permitiera proponer una noción de humor desafiante ante las prácticas culturales, políticas y sociales de la sociedad latinoamericana. El conjunto de relatos está integrado por historias que cambiaron de espacio y tiempo los personajes de los textos anteriormente mencionados.

Mi poética usa el humor irónico a la hora de plantear situaciones paradójicas, acontecimientos que el lector no espera que sucedan. Por lo general, tales sucesos no permiten que el personaje cumpla con su cometido.

La exageración, la extravagancia, la imprudencia, la impaciencia son algunos de los rasgos que caracterizan la construcción de mis personajes. Se acentúan los sentimientos dramáticos para dar paso a cómicas reacciones. De los protagonistas presentes en mi obra resalto a Doña Angustias Maldonado de Hell, del cuento “El carro de Lucas”, su personalidad reúne la

implementación de elementos propios del humor como la parodia, la exageración o incluso el absurdo.

Para entender los elementos propios del discurso cómico, primero tuve que indagar por su origen. El surgimiento del humor puede ser una incógnita, sin embargo, tres perspectivas distintas exploran sus causas y la relación con el impacto emocional que producen en el ser humano. El primer postulado corresponde a la *Teoría de la incongruencia*, el segundo es la *Teoría de la superioridad*, y el tercero se relaciona con la *Teoría de la catarsis o del alivio*.

Para explicar la *Teoría de la incongruencia* podemos decir que este postulado habla sobre los detonantes del humor, estos son habitualmente los defectos, equivocaciones y accidentes de los demás o propios en un tiempo pasado. Un ejemplo de esta premisa en mi obra se refleja en el cuento “Un pastel Chabela para navidad”. La trama del relato gira en torno a la preparación de un postre casero. En un punto, un pelo aparece en el pastel. La torpeza desencadena la burla de los distintos integrantes de la familia por el percance acontecido.

La *Teoría de la superioridad* propone una especie de “yo” considerado como un ser superior capaz de juzgar los defectos de los personajes. Así mismo, tiene la capacidad de burlarse y encontrar el lado absurdo en las decisiones y motivaciones de otros. En la obra varios personajes cuentan con esta característica.

Mamá Elena es una típica madre colombiana que tiene una visión de sí misma influenciada por la moralidad y las buenas costumbres. Ella tiene como pasatiempo o fijación encontrar defectos en sus hijos y su marido. Hace inconscientemente una burla a los comportamientos inadecuados de su núcleo familiar.

Por su parte, la *Teoría de la catarsis o alivio* propone al humor como una manera de liberar emociones negativas, tomando eventos desafortunados e inesperados de forma desparpajada e incluso cómica, provocando la aparición de la risa que permite liberar la tensión acumulada.

Dicha teoría dialoga con cuentos como “El carro de Lucas” o “Después de la Madrileña”. Allí sus protagonistas dejan de quejarse sobre su destino y asumen sus respectivas realidades con humor, lo que refleja aceptación y actitud positiva.

### **3. Herramientas del humor: juegos de palabras, ironía, sátira, exageración, incongruencia y sarcasmo:**

Con el fin de crear un universo cómico que representara la visión de humor que quería transmitir, implementé recursos como la incongruencia, la sátira y sobre todo la exageración. Estos rasgos ayudaron a moldear la trama, creando escenarios inesperados, donde los personajes se vieron envueltos en mal entendidos, trampas y eventos insólitos. Resalto otros elementos propios del humor relevantes para la articulación de la narrativa como: los juegos de palabras, las incongruencias, los personajes caricaturescos o el sarcasmo.

#### **3.1. Juego de palabras:**

Es una técnica esencial a la hora de generar significados en la obra. Los juegos de palabras son herramientas poderosas para crear un efecto lúdico en el lector y explorar otras formas de concebir escenas y diálogos. El recurso es implementado en fragmentos como “Eso de ir a dónde los putos”, ya que desde el título se juega con el doble sentido de la palabra “putos”.

#### **3.2. Ironía:**

Es un elemento humorístico muy útil a la hora de describir y ejemplificar contradicciones carentes de sentido para el personaje. En el cuento “Eso de ir a dónde los putos”, la narradora lamenta tener que pagar el servicio de su hermano como acompañante sexual con su misma tarjeta de crédito. En otros relatos como “Tantas veces Osaki”, la protagonista reprocha servir de modelo para que Osaki diseñe una muñeca a su imagen y semejanza.

### **3.3. Sátira:**

Es un recurso cómico empleado para crear comportamientos, diálogos y expresiones que resaltan actitudes discriminatorias o controversiales. En historias como “El Carro de Lucas” o “Ser África” la sátira permite reflexionar acerca de actitudes clasistas o arrogantes. Los personajes reflejan una constante preocupación por tener dinero o reconocimiento social y sufren por la constante amenaza de perder el estatus ya adquirido.

### **3.4. Exageración:**

Es un método para sobredimensionar un rasgo o situación, convirtiendo los problemas cotidianos de la vida en grandes catástrofes. La exageración amplifica los defectos o las virtudes de otra persona al extremo. En el cuento “La peor de las ofensas” se usa el recurso en múltiples ocasiones. El relato cuenta la desesperación de la narradora por estar en un bus junto a una anciana conflictiva.

La primera vez que se implementa la herramienta es en la descripción de las tres cualidades significativas que posee el transporte público. También se encuentra presente cuando la narradora se burla de las personas que deben dinero por comprar vehículos.

En el cuento “El carro de Lucas” la exageración se emplea con el fin de describir el desagrado que siente la protagonista por salir de compras, ya que esta es una actividad cotidiana, poco digna de su atención. Dice que prefiere morir de hambre antes de perder el estatus haciendo actividades simples.

### **3.5. Personajes caricaturescos:**

Las personalidades de cada una de las figuras de los cuentos tienen matices cómicos, cada uno enfrenta la vida con la exageración de los problemas cotidianos. Sus relaciones interpersonales se ven truncadas por ocurrencias eventuales.

Los personajes enfrentan sus respectivas realidades de manera paródica, cada pequeño impase es llevado al extremo. Nunca sus planes salen como ellos lo desean. Siempre sufren contratiempos y situaciones inesperadas. La mayoría de los personajes femeninos están creados con el fin de retratar los estereotipos de la mujer y su rol en la familia o en la sociedad.

La construcción de personajes caricaturescos está muy presente en “Tantas veces Osaki”. Aquí el protagonista es un japonés, descrito con ojos rasgados y nariz fina, sonrisa fina, todo muy fino. La mención se hace para exaltar estereotipos populares en América Latina sobre los hombres asiáticos.

Su personalidad está caracterizada por la distracción e intromisión. Los rasgos de Osaki permiten que la narradora y a su vez protagonista haga todo tipo de especulaciones exageradas e infundadas sobre él. Igualmente, se hace una burla al romanticismo extremo. La elaboración de personajes con tintes caricaturescos pretende generar un efecto cómico en el lector.

### **3.6. Incongruencias:**

Es una técnica humorística que permite hacer alusión a una situación esperada o convencional con un final totalmente fuera de lo común. En el cuento “Después de la Madrileña”, una heredera viaja a otro país. Allí conoce a una chica que ella considera pobre y de bajo perfil. Las experiencias de la protagonista se tornan absurdas e hilarantes, lo cual compone un relato algo paródico permeado por incongruencias humorísticas. Se describe a Rosaura como una joven pobre con una actitud extrema a la hora de ahorrar. Luego nos damos cuenta de que las cosas son totalmente lo contrario.

### **3.7. Sarcasmo:**

Es un recurso cómico mediante el cual un personaje puede quejarse por su situación actual, sus relaciones interpersonales o un evento desafortunado. En mi poética el método se hace presente especialmente en “El nuevo mundo de Macabex”, El cuento empieza con la frase

"Señoritx ¿puede morirse en otra parte? está invadiendo el carril de les mascotas." En esta escena se hace uso del sarcasmo para criticar la humanización de los animales y la deshumanización de las personas. El llamado a que la chica muera en otro lado resulta exagerado e irónico.

#### **4. Intertextualidad, resignificación y actualización de los personajes:**

En esta breve explicación de mi poética he mencionado ya mi interés acerca de los valores actuales, las transformaciones tecnológicas y la contextualización de los personajes a una cultura latinoamericana mucho más contemporánea. En este paraje quisiera abordar más a fondo el papel de la intertextualidad en mi poética, así como explorar brevemente conceptos importantes en el proceso creativo, sea la resignificación o la actualización.

En su libro *Palimpsestos: la literatura en segundo grado* (1989), el escritor y teórico francés Gérard Genette alude que las obras literarias se mencionan las unas a las otras entretejiendo una red interconectada de conocimientos. Así mismo, los autores consciente o inconscientemente se nutren de otros productos culturales para crear sus propios universos de significado.

Sin duda los seres humanos somos lo que vivimos, pero sobre todo somos lo que recordamos. Esta es la razón por la cual la intertextualidad hace alarde de esos referentes que desde niños vamos acumulando. Todos los productos culturales a los que estamos expuestos pueden tener un valor especial en los procesos de creación.

En el caso de los cuentos que presento en este trabajo, uso la intertextualidad como vehículo para imaginar un discurso humorístico desde la tradición cómica. Hice algunas alusiones directas a títulos de obras pertenecientes a la literatura humorística del siglo XX, nombres de canciones, así como de programas de televisión o actrices, también hacen parte de mi narrativa.

La intertextualidad aplicada a la elaboración de un discurso humorístico más reciente puede contribuir a la creación de nuevos lectores, ya que esa obra puede adoptar frases y códigos lingüísticos compartidos con las generaciones más jóvenes. De este modo, le ofrezco a los nuevos lectores una visión novedosa acerca de la tradición de novela cómica latinoamericana.

Creo que la intertextualidad es una forma menos pretenciosa de hablar de referentes literarios. Si, por ejemplo, algún lector conoce determinado texto encriptado en cierto cuento podrá sentirse identificado, pero en el caso que lo desconozca no va a quedar perdido o extraviado en el relato. Considero que este tipo de referencia no excluye al lector y por ende me resulta valiosa.

Para Gérard Genette, la adaptación es otro concepto importante en la creación literaria. Este hace referencia a “los cambios que puede sufrir un producto artístico cuando se acopla a un formato diferente al original”<sup>4</sup>

Transformar el tiempo, el espacio y contexto de las doce obras del corpus elegido fue el principal reto de mi apuesta creativa. Si bien los personajes mantuvieron sus identidades, estos cambiaron significativamente sus personalidades, así como las reacciones frente a los estímulos de su entorno.

Este aspecto es complejo de abordar, pues surge el paradigma de hasta qué punto un personaje puede tomar otras características en una nueva poética sin desdibujarse o perder totalmente su esencia. Surgen otros cuestionamientos con respecto a la originalidad de la propia poética y el juego con sus referentes.

En *La Poética del Espacio* (1957) el escritor y poeta francés Gastón Bachelard menciona que “los espacios cotidianos como las cocinas, habitaciones e incluso salas, generan un profundo impacto en nuestras emociones, en nuestra forma de concebir el mundo y en nuestra manera como asociamos los hechos, moldeando recuerdos e imaginarios”<sup>5</sup>. Para reescribir los

---

<sup>4</sup> Gérard Genette, *Palimpsestos: la literatura en segundo grado*. (Madrid: Taurus, 1989), traducido por Cecilia Fernández Prieto.

<sup>5</sup> Gastón Bachelard, *La poética del espacio* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2000)

personajes de mi obra primero quise construir su cotidianidad, ambientar una atmósfera hogareña en la cual mis personajes recrean sucesos cómicos.

Un aspecto común en mi obra fue la de darles una cualidad humana a objetos inanimados. Me interesó crear un universo donde las acciones cotidianas simples se convirtieran en las protagonistas del relato. La casa es un escenario habitual en mi narrativa, locaciones como cocinas, salas y ventanas son lugares donde normalmente ocurren los hechos relatados.

Así mismo, propuse una actualización del tiempo y el espacio. Convertí las pensiones descritas en *La hora de la estrella* (1977) de Clarice Lispector en “Livings”, “Cuévano” de la novela *Dos crímenes* (1979) de Jorge Ibarguengoitia en la “Sagrada familia”, un proyecto arquitectónico modernísimo. Los espacios jugaron un papel importante en la resignificación y adaptación de los personajes originarios de las novelas cómicas del siglo XX.

Para la reescritura de los personajes el tiempo jugó un rol fundamental. Ambientados en una época más contemporánea, cada uno de los protagonistas de mis cuentos se enfrentaron a los paradigmas de este tiempo, teniéndose que adaptar a la inmediatez, al uso de las diferentes plataformas digitales o la globalización en su máxima expresión. Así como la transformación de los valores actuales.

El cambio de paradigmas sociales, políticos y culturales son factores que tuve en cuenta para reescribir los personajes. El ritmo que escogí es uno acelerado, con muchas acciones que reflejan la inestabilidad y la constante transformación del tiempo en el que vivimos. Los personajes no se tornan meditativos, ni mucho menos contemplativos con el entorno, más bien se encuentran en un estado de “explosión” o “ebullición” permanente.

Los protagonistas de mis historias tuvieron que sobrevivir al uso excesivo de las tecnologías actuales, así como al consumismo, al individualismo y a la discriminación. Estas dinámicas fueron abordadas por medio de un tono paródico, con el fin de darle otro sentido al humor, desde un lenguaje más sencillo y coloquial, resaltando refranes pertenecientes al argot popular.

## **5. Motivaciones para la realización de la obra y transformaciones personales originadas por el proceso creativo:**

Mordaz, tal vez burlesco. Así fue el tono que quise elaborar con mis cuentos. Si bien me interesaba dar un punto de vista sobre la actualidad, sus transformaciones y problemáticas, me fue más motivante poder explorar el humor, ahondar en mi propia expresión, con el fin de indagar acerca de cuál podría ser mi sello personal y el imaginario cómico que quería representar.

Las dinámicas lúdicas en la literatura siempre me han interesado, pues considero que pueden dar un amplio margen para la imaginación, es decir, brinda al escritor la posibilidad de jugar con otros textos, para añadirles o quitarles capas de significado. Es ahí donde entra la intertextualidad. Sin duda uno de los recursos que permite hacer más conexiones y asociaciones culturales.

Me interesó imaginar a Macabea, un personaje de la obra de Clarice Lispector interactuando con las nuevas tecnologías, o a Enilde, personaje de *Rosaura a las Diez* (1955) de Marco Denevi, dejando el ámbito hogareño y estereotipado para viajar por el mundo con una herencia.

En cuanto a las transformaciones que surgen del proceso creativo, resalto la búsqueda constante por amplificar una “voz propia”, evitando que los estilos literarios de otros autores alteren demasiado el proceso. Un paradigma que me llevó a plantear la relación de lejanía y acercamiento con las otras obras. Así como con otros referentes humorísticos, por ejemplo, el Stand Up Comedy o las películas de humor.

En el camino creativo que decidí recorrer cuando inicié la escritura de los cuentos, he venido identificando algunos rasgos propios de mi poética personal. Las frases cortas, una narrativa que no pierde de vista la verosimilitud y las acciones continuas con un ritmo rápido, muchas veces caóticas, son características constantes de mi estilo literario.

El constante uso de herramientas humorísticas como la exageración, la parodia y los juegos de palabras interactúan frecuentemente para crear una emocionalidad muy abierta y situaciones que parecen normales, pero que casi siempre terminan de manera inesperada.

Mi escritura se caracteriza por ser lineal, con lenguaje sencillo. Una mezcla entre palabras formales, rimbombantes y términos altisonantes. En casi todos los cuentos trato de presentar los hechos de una manera cronológica con el fin de que el lector no se pierda en la lectura.

La mayoría de mis relatos tienden a ser cortos, con frases a veces separadas. Esto con el fin de resaltar emociones o giros narrativos. Los doce cuentos fueron escritos en primera y tercera persona. En algunos empleé al narrador como protagonista, pues sentía que así la historia se tornaba más personal y capaz de despertar sentimientos de empatía, repudio o risa en el lector.

Cada relato está compuesto por una experiencia personal que interactúa con los personajes de alguna novela del corpus escogido. No se puede decir que los cuentos corresponden a relatos autobiográficos en su totalidad, pero sí pueden relacionarse con experiencias vividas por mí o por personas de mi entorno.

Las didácticas familiares fueron una temática constante en mi obra. Utilicé la parodia como principal recurso de descripción. Los problemas cotidianos se tornaban casi melodramáticos. Es preciso mencionar mi interés por tratar la rutina familiar, pues creo que en esa esfera íntima surgen contradicciones, creencias y paradigmas muy potentes a la hora de crear un discurso humorístico.

## **6. Crítica y autocrítica en la elaboración de la obra como instancia fundamental del ejercicio creativo:**

Durante la elaboración de mi obra descubrí que alrededor del proceso creativo se presentan muchas incógnitas, algunas logran solucionarse a medida que se avanza en la escritura y otras simplemente se quedan por un tiempo más.

El cuestionamiento más presente en mi proceso tuvo que ver con la transmisión de la emocionalidad y el cómo construir personajes que reflejaran el mensaje deseado. Surgió en mí la pregunta sobre la subjetividad del humor y cómo mi apuesta creativa iba a ser recibida.

Para solucionar el asunto y salir bien librada del aprieto, comprendí que tenía que vencer el miedo a ser leída. Mis cuentos pasaron por las manos de la mayor parte de amigos, familiares y mi tutor. Aprendí una lección que sonará un tanto simple tal vez, pero un cuento, un poema o una novela, no es una construcción individual, sino una manifestación de lo colectivo.

Solo venciendo el miedo es posible entender las propias limitaciones y empezar a trabajar en ellas. Luego de comprender mis propios condicionamientos, me fue posible disfrutar un poco más del proceso. Aconsejo evitar ciertas manías como la comparación y así respetar las distintas etapas de la creación propia.

Escribir es reescribir, quién lo diría. No basta con tener una buena idea, también resulta pertinente saberla comunicar y para ello es preciso encontrar nuevos referentes que nutran el proceso de escritura. Advierto que hay que tener sumo cuidado con no emular los estilos literarios de nuestros escritores favoritos, propongo más bien identificar esos rasgos que nos gustan o nos llaman la atención.

Solo en la exploración de nuestro propio universo interior, se encuentra la llave para indagar sobre el ritmo que debería tener la obra, así como algunos destellos de la voz propia y una interminable búsqueda del sello personal.

Crear un mundo literario que tenga algún sentido es una tarea ardua, pero estimulante. Desarrolla el arte de inventar buenas excusas, cualquier impase es bueno para no escribir. La creación literaria es una constante lucha entre hacer y no hacer, un proceso que debe volverse consciente y disciplinado para que dé los frutos deseados.

Para finalizar con la fundamentación de la obra, en este fragmento sobre autocrítica en el proceso de realización, mencionaré la importancia que tuvo concebir a los personajes como si fueran seres humanos reales, que se enferman, sienten frío o calor, crearlos con ambiciones y dificultades, para generar una relación o un diálogo cercano con ellos y que el lector pudiera sentirlos como propios.

Espero querido jurado lector, queden claras las motivaciones, los elementos que componen la obra y la forma cómo se creó el universo narrativo que usted o ustedes, no lo sé, van a presenciar a continuación.

## Capítulo 2

### Despídete de tu patrimonio ¡Maldito! y otros cuentos

#### El carro de Lucas

Dije que nooo....

Yo no voy a malvivir. Olvídense de eso, carachas.

No pienso salir a coger verduras mugrientas de tierra, ni mucho menos toparme con empleadas de baja calaña pidiendo descuentos. Además, caminar en Bogotá es cosa de gamines marxistas. Ya a esta edad no se les haga raro que me quiebre una quimba con esas baldosas que vomitan pobreza.

Prefiero morirme de hambre. He dicho.

Definitivamente ustedes no respetan las canas. Yo no soy dueña de tragedias ajenas. A mí qué me importa que los mestizos urbanos y desechables se mueran de neumonía. Yo quiero mi compra ahora. ¿Cómo se atreven a interrumpir mi centenario derecho adquirido e inamovible de vivir cómodamente?

En el apocalipsis que se cierne al vivir en Colombia, una señora de bien blanca, clasuda, con plata y rejoya no puede recibir el mercado en la puerta de su casa. ¿Desde cuándo uno se iguala a la plebe? ¿Qué se creen los parásitos de esta inmunda modernidad?

Cállate, Lucas. No me hables de pandemias porque aún no he terminado mi argumento. Continuo.

Me rehúso a caminar junto a mis enemigos, los internos barriales. Eso interrumpe cualquier lógica. ¿Dónde queda mi supremacía moral y racial? Aparte ¿Qué hago si me atracan? No me va a quedar de otra más que gritar ¡Bala, señores!

Perita en dulce tampoco soy, lo reconozco. No se olviden de que a lo largo de mi católica, apostólica y romana existencia, pude haber electrocutado a más de cuatro hippies de barrio. Ahora que lo pienso bien, fueron cinco o seis. Quién les manda. No entendieron a justo tiempo que donde me paro yo, no se para nadie.

No tendríamos este problema si usted, Margarita, me hubiese hecho caso. Le dije que se consiguiera un Don Juan o en su defecto un Juan Antonio, y usted me salió dizque con un tal Lucas. Yo no entiendo qué karma estaré pagando. Es que tener una hija tan corta de aspiraciones resulta increíble con la crianza de abuelo que le di.

¿Comprar un carro? ¿Me van a coger de chofer también?

Ala, qué descaro con ustedes. Lo mínimo que yo merezco a estas alturas de la vida es un Batimovil con Batman de chofer. ¿Quién dijo que yo quería un carrito pequeñito y económico para hacer la compra? Yo quiero andar en Mercedes por el carril de Transmilenio y punto. Como en la caravana presidencial. ¿No se han fijado que la mayoría de los mandatarios tienen los ojos verdes o azules?

Pensándolo bien, no está tan pachuca la idea. No puedo negar que los carros son símbolo de soberbia y poderío ante la peligrosa amenaza del comunismo molecular. Discúlpenme un momento. Permítanme fantasear. ¿Qué persona de bien en este país no desea con fervor atropellar accidentalmente a uno que otro súcubo infernal, amante ocasional de brujas feministas?

Finalmente conseguir el vehículo ideal se convertirá en un triunfo personal en contra del ateísmo y solventará por completo la causa fundamental o la hazaña quijotesca de ir por víveres al supermercado, en un país tan falto de buenas costumbres.

Ya me emocioné. Qué machera. La suerte me sonrío. ¡Ay, Margarita! todavía tengo la licencia, vencida pero ahí está. La cresta militar no se dará cuenta de que el permiso caducó

en el año dos mil. Nadie tendrá porqué multar a una dama de la tercera edad tan gente como yo. Igual, si se presenta algún percance uso la varita mágica de los contactos y listo.

Llegó la hora Margarita, vístase que nos vamos por el carro. ¿De verdad va a llevar al cavernícola de su marido a tan magnánimo evento?

Si Lucas paga, pues tocará compartir la presencia con él. No tengo de otra, pero le recomiendo que no me respire cerca. ¡A chicanear se dijo!

Buenas tardes ¡Dije buenas tardes! ¡Qué porquería! ¿Es que nadie atiende aquí?

No me sorprende para nada que el empleado promedio colombiano sea tan malo, ladino y oportunista. Siempre conspirando en contra del empresariado. Por eso estoy convencida de que este país no dejará de ser el cagadero de siempre. Por culpa de ese demonio precolombino de la pereza es que la gente no avanza. Sin duda el pobre es pobre porque quiere. ¿Qué se puede esperar de esa chusma que quiere todo regalado?

Qué pena Doñita. ¿En qué puedo colaborar?

Doñita su madre. Nadie le habla así a doña Angustias Maldonado De Hell. Hable primero con Dios para luego dirigirse a mí. ¿Me oyó?

Ni modo, así es tratar con el hampa. Ahora dígame ¿Cuál es el automóvil más costoso que tiene? Solo muéstreme los modelitos bien señoreros. ¿Si sabe cuáles son?

¿Será mejor un Mercedes, un Audi o un Porsche?

Lucas, Margarita, ya he decidido. Quiero el Audi, pero no en ese color. Es horrible, como de nuevo rico. ¿Compramos el blanco o por un precio adicional mandamos a traer el plateado?

Dododoña Angustias, no tetetenemos esa plaplaplata.

¿Cómo que no hay plata Lucas? Si la única dignidad que tiene el ser humano es el dinero. Dígame ¿De qué sirve un albañil poeta? o ¿Un limosnero bailarín? No me venga de chichipato. Compramos el Audi y punto.

¿Vino sin motor financiero o qué?

Sososolo alcanza para el cacacarrito chichichino.

¿Por qué tiene que ser tan Lucas en la vida?

Esa carcacha china es digna del proletario tercermundista. No me caben las piernas ahí. Nos vamos a ir de sienes en una curva ¿No entiende? Esa lata desechable es eléctrica y solo anda treinta kilómetros por carga. ¿Está seguro de que no alcanza ni siquiera para un Ford?

No Suesuesuegrita.

Amá, usted sí es dramática. Deje esa cara, no sea aguafiestas. Para bien o para mal el carrito chino nos saca del apuro, mientras pasa la mala racha y compramos uno mejor. No se preocupe.

Deje el jolgorio Margarita. Todos nos están viendo.

Téngame el paraguas y la gabardina, pero sobre todo, quítame al botarate de su marido, que yo manejo.

Screech! San Benito perdóneme la vida. Qué ñero más imprudente. Cómo se va a atravesar así ¿Es que no tiene madre o qué? Se imaginan Bogotá sin casposos como ese. Qué maravilla sería. Es que definitivamente se han perdido mucho los valores. Toda una tragedia.

Oiga Lucas, llevo una semana con el cacharro líchigo ese y ya necesita un remache al clavo. Indudablemente estábamos mejor cuando todo era gringo. Esas cosas si eran eternas. No como ahora, que vivimos entre la basura. Las delicias medievales se nos están agotando. Cuánto se extrañan los ríos de la tradición en estos tiempos modernos, mijo.

Arranque Amá, que vamos a mercar.

¡Amá, coja oficio! Deje de sacar la cabeza por la ventana para gritarle a los agentes de policía ¡Dios y patria! Qué oso. Nos van a poner una multa. Amá, acuérdesse, sin dar papaya, anda sin licencia de conducción. ¿Qué pasó? arranque Amá, arranque.

Noooo, ¡muy chimbooo carachas! Margaritaaaaa, el carcacho asiático nos dejó tiradas en pleno semáforo. Quíubo que no anda. Fijo los chinos nos están sabotando. Si ve, lo barato sale caro, pero claro, como es Angustias Maldonado de Hell, quién se queja de los trastes al gratín, entonces no tiene importancia.

Amá, es que usted acelera demasiado. No exagere, ni que necesitáramos subir el Annapurna.

Qué Nanapurna ni que nada. Fijo a la baratija se le dañó el motor. Bájese y empuje. Yo le aviso.

Lucaas, ayúdenos. Margarita está a punto del soponcio. Viene empujando desde la séptima. El artilugio inmundo nos dejó tiradas. Tiene el motor averiado. Como dato de color le informo que también toca pintarlo de blanco o de plateado. El azul chillón nunca ha sido un color digno de damas honorables.

Lucas, no se ponga verde, más bien mándelo a reparar mañana. Así no nos quedamos sin carro en este lodazal. ¿Qué anda viendo?

Boboboca vs Riririver.

Nooo, qué pendejada. La gente en esta casa no sabe lo que es acatar órdenes de los mayores y jerarquizar el tiempo. Preste para acá ese control. ¿No le parece una sinvergüencería el concierto de las democracias latinoamericanas? Luquitas, aquí hace falta un gobierno fuerte, carajo.

Lucaas, cómo trajo esa porquería así. Usted siempre brillando por su ingenio. ¿Cómo no se dio cuenta al salir del taller que el carro tenía las llantas fregadas? ¿Cómo se dejó meter ese gol?

Ya lleva esa carcacha ocho días con las condenadas llantas dañadas. Margarita, dígale a Lucas que me arregle eso. Ya no tenemos nada en la nevera. De verdad esas llantas están reventadas y no andan.

Si Amá, ya le dije. Mañana las va a comprar.

Margaritaaaa ¿Lucas compró las nuevas llantas?

Amá, que tal vez mañana vaya a comprarlas.

Pero qué vaina. Quince días para que Lucas le compre llantas a la bazofia esa.

Si Amá, ya dijo que de pronto mañana, si le quedaba tiempo, después del trabajo iba por ellas.

Oiga Lucas, un mes y usted nada que compra las chichipatas llantas. Esooo, ignóreme. Como yo soy la destinataria y la directa afectada en todo esto, usted me ofende. Esoo, vea que Dios lo va a castigar por grosero y desagradecido. Qué infamia tenerlo en la familia. Definitivamente el amor es ciego y fuera de toda conciencia. Respóndame ¿Le va a comprar las llantas a la inmundicia esa o no?

Ya le dididije quequeque sí, suegra.

Gracias a una vivacidad metabólica de lujo, Lucas empezó a maquinarse una estupidez perfecta, digna de meditaciones ecológicas profundas. Luego de resolver el paradigma vehicular en que lo había metido su adorable suegra, decidió sabiamente desvincularla del asilo de idiotas, en donde merecía estar.

Sin ánimos revanchistas, dictaminó finalmente cumplirle el deseo a la doña sin chistar. Fue así como incursionó en la implementación de métodos de enseñanza dignos de pedagogos super educativos. Optó por la “traumatoterapia” para solucionar el conflicto. Con ese pensamiento en mente, recurrió a vendedores de la peor ralea para empapar el alma de despreciable alivio por no tener deudas pendientes.

Amá, Lucas trajo las llantas. Están en la sala.

Ahh, vea pues, entonces fue con eso que golpeó cínicamente la ventana. Bueno, al menos son rines de lujo. Se iba demorando. ¿Así de vaciado estaba? ¿Empeñó la argolla de matrimonio para comprarlos?

Recubierto de insultos, Lucas hundió la cabeza en el plato como siempre. Esperando el momento cumbre de su alocución.

Un brindis por el pusilánime de mi yerno, que por fin compró las llantas de la baratija que me regaló. ¿Tiene algunas palabras por decir inútil?

Claclaclaro, ahí tiene las llanllanllantas suesuesuegrita. A la propropróxima cuando quiera un cacacarro, cococómprelo usted.

¡Sasasalud vieja asquerosa! que la papaparta un rayo.

## El nuevo mundo de Macabex

Señoritx ¿puede morirse en otra parte?

Usted está invadiendo el carril exclusivo de les mascotas. Aparte, mire como dejó eso todo lleno de vómito luminoso.

¡Ahh, no contesta!

Con este código QR podrá verificar el valor de su multa. ¿Desea factura electrónica?

Macabex apenas parpadeó sin entender, como si le estuvieran hablando en otro idioma.

Una vez incorporade se dio cuenta de que no estaba muertx, pero tampoco vivx, pues no reconoció nada, intuyó entonces que se encontraba en un universo paralelo. Para bien o para mal, Macabex había sobrevivido a la mecanografía. El mundo era raro, ¿por qué rayos la gente caminaba a toda prisa lejos una de otra con la cara tapada? En fin...

Macabex quiso regresar al cuarto para sintonizar Radio reloj y encontrarse con las chicas, pero no supo cómo. Una confusión de nivel cósmico se apoderó de su ser. Sin referencia alguna, trató de entender el dónde, el cuándo y el porqué de la situación.

Fracasó ante cualquier intento de expansión de conciencia o abstracción sentimental. No estuvo sole por mucho tiempo. En cuestión de minutos tenía a cuatro emprendedores de Herbalife, dos misioneres evangélicos y un vendadore de pomada cannábica encima. Todos acechando como lobes atentes ante cualquier oportunidad de lucro. Pobre flacuche flotante, no tenía ni idea en lo que se estaba metiendo.

Caminando díscole por ahí detectó una cola interminable, como si todavía se acostumbrara a regalar algo. Macabex, como buena chiquilla setentera es confiadísim. Sin más, decide hacer parte de la fila carente de expectativa alguna. No hay chance de aclarar nada, ni siquiera oye

los anuncios que tanto le gustan. Tiene que pararse en las rayas que marcan el suelo. ¡Distanciamiento social! le grita una voz medio robótica desde la distancia.

Al llegar al inicio se da cuenta de que es una convocatoria de empleo joven. Macabex tiene su primer tropiezo. Le piden una dirección de correo electrónico, el enlace de su perfil en LinkedIn y completar un formulario en Docx con firma digital.

Una asistente social se acerca, pues está casi convencida de que la muchacha tiene alguna discapacidad. Le indica cómo llenar el formulario. Al ver la fila interminable de interrogantes, Macabex no entiende ni la mitad de las preguntas. Entrecortado puede leer: el pronombre con el que se identifica, comunidad diversa, auxilios en materia de salud mental y mascote de apoyo....

Al avanzar en el cuestionario se da cuenta de que es medio idiote porque no sabe ahorrar en yuanes, ni hacer Trading, ni mucho menos invertir en Bitcoin. Pobre Macabex, ahora confirma rotundamente que la pobreza es fea y promiscua.

No se puede negar, la vida no es más que un puñetazo en el estómago y Macabex lo tiene muy claro. Su corazón solitario late con dificultad en el espacio. Empieza a entender que la mala racha continúa. Sin máster, sin diplomado virtual, sin intercambio académico, sin coaching vocacional, ni sugar mommy, solo le queda una delicada, pero vaga existencia.

Suspirando de agonía aplica a los trabajos de segunda categoría. Lo único que tiene que hacer Macabex durante ocho horas seguidas, por cinco días a la semana desde la home office, es escribir `prompt imagine/` en una interfaz y listo, así se hace el money. Nunca en la historia del pensamiento, el hombre fue tan iluminado, inspirado y competente.

Con un grito puro que no pide limosna, salió Macabex con su nuevo trabajo. Nadie se dio cuenta del momento en el cual se retiró del sitio dando brinquitos como un niño. Tal vez en este universo resulten válidos los otros modos de sentir. Quién sabe.

Le corresponde sonreír solo por la calle, pues no existen los demás. Pero él no puede notarlo, pues siente una felicidad suprema ante la idea de comprar dulce de guayaba y queso. Luego de entrar en una tienda, se percató de la ausencia de cajeros, y es que los trabajos manuales son para las máquinas no para las personas.

Macabex recorre los estantes encantado de que exista un lugar tan bonito y calmo. Tras dar miles de vueltas en círculo sin que a nadie le importe, puede encontrar el dulce de guayaba orgánica con Stevia y queso artesanal sin preservantes y bajo en sodio que tanto quería. Con la cabeza gacha lo lleva para comprobar si al menos el sabor no ha cambiado. Macabex tarda media vida descifrando cómo se paga en los supermercados del nuevo mundo.

Aún joven y oxidado recorre la ciudad. Ahora resulta que ya la gente no vive en cuartos sino en livings, que al final tienen el mismo concepto. Diez o doce monstruos apocalípticos viviendo con lo justo hasta llegar a fin de mes, y el ciclo se repite una y otra vez por los siglos de los siglos, amén.

Ya en un living de low cost Macabex conoce a Glorie, una de esas chicas rápidas, veganas y maratonistas que pululan por ahí. A Glorie las divinidades le resultaban extrañas y canta unas arengas en forma de bienaventuranzas bien llamativas. Glorie y Macabex tienen algo en común, ninguno de los dos posee esa cosa delicada llamada encanto.

Pero no estamos hablando de existencias delicadas, ni de canónicas damiselas. Exaltamos la pobreza de este relato continuando con los profundos descubrimientos que hace Macabex, gracias a su acercamiento con Glorie.

Diremos que Glorie se convirtió en la única conexión entre Macabex y el nuevo mundo. Por medio de adjetivos esplendorosos le explicó todo lo que necesitaba saber acerca de su nueva existencia en donde quizás, solo quizás, si tendría el éxito prometido en su vida anterior.

En el nuevo mundo es ilegal cazar, por ende, es ilegal comer langosta. En el nuevo mundo venden iPhones a treinta y seis cuotas. Ser flacuche está de moda, solo que ahora se llama

ser skinny. El nuevo mundo se divide en los pro vacunas y los antivacunas. Como si fuera poco las estatuas del emperador Carlomagno, llamado Carlous en su tierra y para los amigos, son derribadas por tratarse de un representante del patriarcado opresor.

Glorie promete jamás pelear por un hombre, ni quitarle el novio a nadie, ya que en el nuevo mundo es incomprensible enamorarse de un criminal de vidas rupestres, es decir de un torero. La tauromaquia es ilegal desde inicios del nuevo siglo. Resulta inaudito el machismo y en las librerías solo se distribuye en digital literatura escrita por mujeres. Ahora la estructura del átomo se conoce, pero también puede verse. La historia tecnicolor demuestra que el mundo empezó con un no...

No se te haga raro que el amor pase tan rápido como la moda. Igual ante cualquier duda siempre se podrá preguntar a la Inteligencia Artificial en función de la verdad y solo la verdad.

Se me olvidaba advertir que ya no se calienta el espíritu con rezos, sino con terapia psicológica dos veces por semana. Para mayor confort tengo el gusto de comunicarte Macabex que todavía existen los militares, solo que ahora no usan armas físicas, sino atómicas e interceptan teléfonos. Para terminar ya no es posible ser virgen e inocua, actualmente se pertenece a la comunidad LGBTQJOUTMPH+

La realidad era demasiado para creérsela. Macabex deseó con todas sus fuerzas convertirse en una enfermedad para la piel. ¿Desde cuándo el mundo había cambiado tanto? ¿Por qué la crianza de su tía había quedado obsoleta? Y la radio ¿Qué había pasado con la radio?

Te hago el update, no te preocupes, responde Glorie.

La radio murió como en los noventa, ahora hacen algo llamado podcast. También desaparecieron los anuncios, las cápsulas informativas, los textos largos, los libros en físico, las editoriales. El espacio es utilizado para lanzar satélites.

Sin olvidar que la hora es apenas una construcción social. Así mismo, todos podemos ser estrellas por una o dos semanas gracias a un buen escándalo viral. Está full de moda el turismo aeroespacial y lo más relevante es que los hombres ya no mantienen a nadie, excepto a sí mismos, si les alcanza, claro está.

Pobre Macabex, son demasiadas desilusiones en un solo día habitando el nuevo mundo. Parece que las ninfas que adornan su vida están a punto de pedir un año sabático y es que no es para menos. El castigo del miedo se apodera de su ser y no deja de preguntarse cómo se puede ser ignorantemente feliz en esta compleja nueva realidad.

A lo que Glorie añade:

Es imposible ser ignorante en el nuevo mundo. Los analfabetes se extinguieron hace más de cincuenta años. Todos tenemos palabras engordadas con edulcorante para repartir en abundancia, pero sonríe, mira que los cubos de gelatina trémula baja en calorías y libre de azúcares añadidos todavía se venden.

Es inevitable para Macabex añorar su antigua pobreza, pensar en su setentera vida le resulta inevitable. Ávide de cosas sublimes, imagina los pedazos pardos de una vida asquerosa, pero conocida. Se culpa por dejarse caer de su mundo y aterrizar estrepitosamente en otro carente de sentido alguno.

Macabex se siente pobre de mente y de espíritu. Desea comprar un cigarrillo y dormir eternamente. Para pedirle a la señora muerte que le transporte de espacio o tiempo y así volver a vivir estúpidamente feliz o miserable, pero en su momento histórico.

La fantasía es interrumpida por Glorie y otro dato de vital importancia para la trama.

Los cigarrillos ya no existen. La industria tabacalera se transformó y ahora solo vende vapeadores igualmente dañinos, pero que botan humo fluorescente incapaz de quemar a alguien.

Pero Macabex, quién te manda a resucitar en la locura de nuestro tiempo. Ahora no tienes derecho ni a soñar con morir en paz. Va a tocar que te reúnas por videollamada con alguno de esos videntes online, dispuestos a decir todo aquello que quieras escuchar y diferir el servicio con donaciones correspondientes a veinticuatro cuotas sin interés.

Otra vez Macabex dejaba el punto culminante de su existencia a merced de una papanatas. Un ligero brillo ópalo brotó de su siempre confusa mirada, esperando por la verdad revelada de su muy reciente existencia. Decidió que por la mitad del costo anunciado solo haría una pregunta:

¿Tengo un destino?

El vórtice de su nueva vida estaba en las manos de Olímpique, una vidente online de uñas rojo escarlata. La cose se puso rara cuando le sabie afirmó que solo miente en casos extremos, es decir, a la hora exacta de la mentira.

Macabex tuvo diez minutos para exponer sus dudas a le vidente. Elle hizo un recuento acertado de esta y sus otras vidas. A punto del llanto Macabex se lanzó con su única pregunta. Tras un largo silencio sepulcral, le bruje desapareció dejando la pantalla en blanco.

Por desgracia a Macabex se le esfumó la conexión. Dejándola endeudade de incógnitas. Ya sin esperanza, le preguntó a Glorie si al menos en el nuevo mundo estaban en tiempo de fresas.

¡Ay, Macabex! desde inicios de esta década ya no se cultivan fresas, se producen mediante tratamientos hidropónicos. En conclusión, en el nuevo mundo siempre hay fresas.

Después de tan detallado proceso mental Glorie dijo:

Sí.

## Un Pastel Chabela para Semana Santa

A las cinco de la mañana de un domingo de ramos Mamá Elena caminaba, maldiciendo a los transeúntes que pasaban imprudentes cerca de los ciento setenta huevos, los cuatro kilos de azúcar y el bulto de harina que se necesitan para hacer el bendito Pastel Chabela. Postre insignia en épocas de reflexión.

Así, medio sudada, pero optimista llegó a buen puerto.

¡Carajo! ¿Hay que rezar para que a uno le abran la puerta? Qué desconsideración tan berraca la de ustedes. ¡Claro! como tienen sirvienta que les haga todo. Rápido, Gertrudis, no ve lo encartada que estoy.

Sin que pudieran decir ni pío todos salieron en auxilio del postre. La Tita, al recibir la compra de una protestó. Mamá, pero de esa harina toda procesada yo no como. Apuesto lo que sea a que esos huevos no son de gallina feliz y el azúcar blanco aumenta la posibilidad de desarrollar cáncer.

Vea, con todas las tortas de navidad, el chocolate, las roscas de reyes, el chorizo norteño, los fríjoles con garrita y las torrijas de natas que se ha comido en la vida sin joder y ahora viene a creerse de mejor familia. Mejor no opine nada y se acabó, reviró Mamá Elena.

Fingiendo serenidad continuó con el ritual. ¡Rosaura! qué hace durmiendo, venga y ayuda como los demás. ¡Ay, Dios! por qué me diste una hija tan zángana. Esta muérgana se priva del hambre en una emergencia. Toca que aprendan desde ya, no ven que no les voy a durar toda la vida.

Oiga, atembada. ¿Por qué no baja?

Porque no quieroooo. Gritó desde el más allá Rosaura.

Así cayó sobre ella su destino. Mamá Elena la bajó del gallinero de una oreja para enseñarle el significado del trabajo duro y la igualdad de oportunidades. Ya con el selecto grupo de cocineros completo, empezó la preparación.

Espere...

Esta vaina por qué no prende. Le dije Pedro que pagara el recibo del gas antes de la fecha de corte. ¿Qué hizo la plata?

Nooo, es que con esta gente es imposible vivir, y más cuando se mecatean la plata en cositas. Pero ni de riesgo me voy a quedar sin postre este año. Lo preparamos y punto.

Alex, papito, hágame un cruce. Vaya al cuarto de San Alejo y traiga la hornilla eléctrica. Es para hoy mijo, y ojo con caerse.

Despojado del esqueleto Alex se contorsionó lo suficiente para alcanzar la hornilla y así salvar la patria, o al menos el dulce deseo de Mamá Elena. Un olor que percibió lo sacudió. De una caja olvidada, una docena de pollos coloridos y sin testículos ofendidísimos piaban sin dar tregua. Alex terminó desgonzado y con el cerebro ahumado ante la crudeza del hallazgo.

Este bobo...

Me pueden creer. Una hora para que traiga una puta hornilla del cuarto de chécheres. Yo Elena sinceramente no entiendo qué les pasa a los jóvenes de ahora. No sirven ni para cocinar lo que se tragan. Ave María purísima. Deberían replantearse las prioridades en la vida.

Dueña de una convicción fascinante Mamá Elena fue a inspeccionar lo sucedido. Los pollos dejaron el adormilado cuerpo de Alex en paz para recibirla con una algarabía épica.

Dios, dame paciencia... Pedroooo, el atolondrado de su hijo dejó salir los pollos.

Pedro arribó a ese mundo prematuramente. Pues abrió la puerta antes de lo previsto, siendo el momento ideal para que la tribu aviar escapara despavorida del cuarto. Así, entre amaneceres de peligro e incertidumbre pasó la familia Pata de Garza las siguientes dos horas de su vida. Atrapando pollos de aquí para allá.

Riendo para no llorar, los Pata de Garza regresaron al plan original. El postre iba a ser una realidad sí o sí. Sin investigar cuál era el límite de la paciencia de su madre, Rosaura, Tita, Gertrudis y un muy convaleciente Alex batieron los huevos, prendieron la hornilla y prepararon la crema. Todo ante la omnipresencia de Elena.

Mamá, cuánto azúcar debo ponerle. Cuestionó en algún momento del ritual Gertrudis, como si se tratara de un archivo lleno de preguntas, pero sin respuestas.

Qué receta ni que nada. Al buen entendedor pocas palabras. Mi amor, la mayor parte de las cosas en la vida se hacen a ojo. Usted va midiendo y va probando.

Sana y rozagante se veía la preparación. Ingrediente tras ingrediente sumaban olores y sensaciones dignas de un platillo de restaurante con estrella Michelin.

Solo tenían un problema. La crema se negaba a espesar. Ante las lágrimas de cansancio de Tita, Mamá Elena prohibió a los demás batir la crema, con el argumento de que solo una mujer podía hacerlo, pues si la labor se tornaba colectiva la podrían cortar. Además, lanzó un grito de rabia y prosiguió como si nada con la preparación.

Solo en una buena época de sufrimiento surgen las mejores recetas. Deje la flojera. Mire que es la reina de todos los males. Añadió para terminar con la discusión Mamá Elena, y disminuir el riesgo de que Tita le armara sindicato y dejara de producir.

Ya verán cuando quede listo. Degustar el Pastel Chabela será un placer digno de Dioses. Con esta y otras arengas aspiracionales Mamá Elena alentaba a los demás miembros de la familia.

Como quién no quiere la cosa Los Pata de Garza se saltaron el desayuno en pro de la recién nacida repostería.

Pasando más tiempo felices que enojados prepararon el pastel y lo dejaron enfriar para, por fin, ver la Pasión de Cristo por decimocuarta vez, y así arrepentirse de sus pecados. Todo iba de lo más relajado hasta que un evento sobrenatural perturbó el clima familiar.

¡Un pelooooo! gritó Mamá Elena, como si una catástrofe los devorara a todos de un mordisco.

Más preocupada por salvar su pellejo que cualquier otra cosa, Tita, con una casi extinguida ebullición interior, culpó a Gertrudis por exponer su melena al aire mientras cocinaban. Gertrudis en su defensa comparó el grosor del pelo con el de Rosaura y concluyó que le pertenecía. Rosaura se jugó la carta del color y argumentó que el único rubio de la casa era Alex. Alex por su parte dijo que el pelo era demasiado largo para pertenecerle.

El único que salió invicto de la disputa fue Pedro por el simple hecho de ser calvo. Entre reclamos, Mamá Elena supo que no había caso. Entonces prosiguió a cazarlo dejando una grieta gigante en el pastel. Una solución surgió de pronto. No era necesario volver a hacer toda la cubierta. Con cubrir el pastel con pétalos de rosa sería suficiente para salir del aprieto.

Los Pata de Garza se convirtieron en escultores, dejando el Pastel Chabela dizque con forma de codorniz. La simetría nos diría más tarde que tendría más bien forma como de cuervo o de urraca, tal vez de pato migrante o de loro sin hogar.

Gracias a un domicilio caído del cielo, la familia pudo darse el primer golpe del día y terminar con el ayuno intermitente al que se habían sometido por llevar a cabo la hazaña culinaria. Pensamientos pecaminosos invadieron a la familia entera al querer probar un mordisquito de la ópera prima.

Mamá Elena cumplía el rol de guardiana, capaz de zampar una bofetada fenomenal a quién tuviera el mínimo asomo de imprudencia con la creación. Para impedir el acecho de cualquier zamuro, advirtió que la bandeja se encontraba en una posición exacta encima de la nevera. Medida con regla y lápiz para que evitaran cualquier truco.

Una nube de vapor rosado resplandeciente adornaba la nevera. Todos deseaban acercarse un poquito para ver cómo lucía el milagro. Sin embargo, la presencia de Mamá Elena tenía algo que atemorizaba. Ya sin argumentos y con el mismo deseo de chisme y bagatela se fueron a dormir. O eso creía Mamá Elena.

Ya de madrugada Rosaura era dueña de un corazón que latía violentamente pidiendo postre. Voluptuosa, aromática y calurosa supo que sonsacar el pastel no era una misión individual. Con la rapidez y agudeza de pensamiento que la caracterizaba despertó a Gertrudis de un sopapo.

Bastó una maliciosa insinuación para que Gertrudis se viera envuelta en una conspiración culinaria que ni siquiera había sopesado. Es que la necesidad de Rosaura era la madre de todos los inventos y de todas las posturas. Poco importó que Gertrudis se acordara de la advertencia de Mamá Elena. Finalmente, el sordo no oye, pero compone.

No te alteres por favor, rogaba Rosaura, mientras se explayaba en razones para asaltar la nevera. Hacía un esfuerzo descomunal para encontrar la mentira idónea capaz de convencer a Gertrudis de la aventura.

Juntas se dijeron a sí mismas que la diabetes no era más que un mito histórico. Para sabotear la preparación entraron sin mover la bandeja y con cuchara en mano disfrutaron del banquete. Pronto el asunto se convirtió en contienda. Ambas estaban dispuestas a averiguar quién era capaz de tragar más sacarosa. No es de sorprenderse que en la familia Pata de Garza corra una febril adicción al azúcar.

Con una emoción latente escondida bajo las apariencias, las gemelitas Pata de Garza se comieron todo el postre. Turuletas, a punto del coma diabético, se bambolearon hasta sus cuartos. Ignorando cada una de las recomendaciones del maldito Manual de Carreño.

Un fuego capaz de encender al mismo sol avisó a los Pata de Garza el asomo de un nuevo día. Un poco más gordas y deformes Rosaura y Gertrudis se desayunaron con la noticia de que Mamá Elena había invitado a doña Paquita Rodríguez de Lobo para tomar la merienda.

Una infeliz lágrima brotó de los ojos de Gertrudis. Imperceptible para todos, menos para Rosaura, quién le hizo entender a punta de señas que era una mensa. Sin margen de maniobra no les quedó más que seguir con la ordenada lógica del inocente.

Ya con Doña Paquita en casa, Mamá Elena llamó al clan familiar a la mesa. Con sumo cuidado tomó la bandeja del postre. Para sorpresa de todos, la batea reposaba vacía en compañía de dos cucharas.

¿Quién se comioó todo el re putoooo postre?

Qué pena doña Paquita, es que estos guámbitos solo sirven para dejarla a uno como un cuero. Definitivamente nadie respeta el derecho colectivo, debe ser porque estamos en Colombia.

Capaz de quemar las fotos y actas de nacimiento de todos sus descendientes con tal de descubrir al glotón, Mamá Elena miró a los ojos a cada uno, les revisó las manos y el aliento. La pobre sin rastro esperó una vomitona colectiva, pero nada. El culpable seguía prófugo.

Las gemelitas Pata de Garza entendieron que mentir era una práctica de supervivencia y que el respeto de las buenas costumbres no le llegaba ni a la rodilla a la lealtad. Casi invictas prometieron que ninguna lengua venenosa le soltaría jamás de los jamases la información del asalto a Mamá Elena.

Dispuesta a dispararle con la mirada al rebelde come postre, Mamá Elena sacó su último haz bajo la manga. Pasó el resto del día preparando una bandeja el doble de grande que la primera. Convencida de que el exceso de azúcar delataría al culpable.

Luego de un plato compuesto por caldo de colita de res, Mamá Elena le sirvió una tajada gigante de postre a cada comensal, con el fin de vengarse del chasco social pasado con doña Paquita. Después de servir cuatro rondas de postre más, se dio por vencida, al ver que primero los mataría a todos de una sobredosis de azúcar antes de desenmascarar al incauto.

Ya en su lecho de muerte, ahogada por la vejez y suplicante, Mamá Elena hizo un esfuerzo para decir:

Confiesen... ¿Quién fue?

## **Despédete de tu patrimonio ¡Maldito!**

Cuando usted vive en un país socialista, sufre porque los anaqueles se encuentran vacíos y no puede comprar lo que quiere. Tiene que consolarse a sí mismo con lo que haya. Cuando usted habita en un país en vía de desarrollo cuenta con los anaqueles llenos de posibilidades, pero resulta natural que no le alcance para llevarlas todas a casa. Cuando trabaja mucho, y por fin tiene la billetera llena como los anaqueles, surge el gran dilema de la vida adulta ¿Con quién va a compartirlo?

Amalia se amaba, su familia la amaba, mi familia la amaba, mis amigos la amaban, mis socios la amaban, la sociedad en general la amaba. ¿Cómo no se podía amar a Amalia?

Ella había aparecido en mi vida para construir un unicornio. Cimentado con pilotes muy profundos en el terreno de incertidumbre que era mi vida. Amalia, princesa rosadita, reina del mundo de la bondad y las ilusiones, combinaba perfecto con una carrera exitosa y una vida social próspera. Exhibirla a cualquiera resultaba todo un honor.

Amalia era demasiado limpia, muy puesta, siempre peinada y perfumada. Nunca un tema le apasionó lo suficiente para discutir. Ella era por naturaleza enemiga de la confrontación y una amante empedernida de lo fantástico, es decir de los ángeles y el misticismo.

Amalia era inalcanzable. De culo arisco, jamás era el momento para... No me tomó mucho tiempo darme cuenta de que me había casado con una hermanita del Divino verbo, escapada del convento y disfrazada de civil elegante. ¿Cómo carajos uno puede sentirse celestial así?

El matrimonio era dulzón. La compañía tibia de Amalia me hacía sentir protegido, bien cuidado, o incluso mimado. Ella comprometida me trataba como un niño nerd muy gordo, que no sabía nada del mal.

Vivir con Amalia era una clase de retiro anticipado. Nos convertimos sin quererlo en un par de amigas entrañables. Dos monjas tibetanas que rezan juntas.

Los años iban pasando. Con los instintos primarios casi extintos me hice viejo, añorando cada vez más los hijos que nunca tuve y las noches de pasión que Amalia me había prometido pagar a infinitas cuotas.

Juré jamás ser desleal. Así que dejé pasar decenas de oportunidades. Ninguna mujer tuvo la audacia suficiente para atraparme en la red. Ese magnetismo necesario para mandar a rezar a Amalia con otro santo.

Así pensé que seguiría mi vida, entre ladrillos, planos, diseños, obreros, maestros de construcción, fiducias y salas de venta. Por supuesto, los fines de semana haría la visita obligada a otro ser celestial. La vieja más insufrible de toda la galaxia.

Allí estaba mi dulce suegra Leonor. Una viejita adorable dispuesta a contar las mismas anécdotas de corte clasista, y así convencernos a todos de que somos distintos, ya usted sabe, especiales.

Un solo cálculo hace que la vida gire un poco, o en su defecto se descoloque. Lucrecia apareció en mi vida en forma de vendedora de bienes raíces. ¡Qué labia tan audaz de aquella mujer! Era capaz de convencer a cualquiera de que era posible tomar el sol y broncearse la piel en medio del diluvio universal.

Lucrecia estaba más buena que el pan, o al menos eso proyectaba. Apenas la vi por primera vez, supe que era un ángel caído dispuesto a desordenarme la vida. Ahí estaba yo, pecando de la peor forma, olvidando por completo cualquier mandamiento social.

Bastó una noche para violar la constitución amorosa que te exige lealtad. Solo una vez, me repetía a mí mismo en voz baja. Fueron muchas últimas veces, he de admitir, pero qué podía hacer, si la Criolita de Lucrecia era tan adictiva.

Así fue cómo me convertí en el zar del engaño. Empeñado en siempre ganar y nunca perder me aferré a las nalgas de Lucrecia, aquellas enfundadas en pantalones de cuero. Al mismo tiempo, me negué a separarme del tamal de cazuela preparado por Amalia, que tanto me hacía amar el hogar.

Engañar creará usted que es fácil. No lo es, se lo aseguro. Pierde usted la mayoría del tiempo desplazándose del trabajo a la casa de la una y de la otra. ¡Todo un desgaste, hombre!

Tras la pesada labor, un solo pensamiento empezó a invadirme. Crear la perfecta fórmula, la solución mágica para tener en un solo lugar el sexo y el amor. ¿Qué invento podía acercarme al júbilo de Dios y a la cama del diablo?

Luego de cubrir el dilema con varias capas de pensamiento, un instinto pequeñoburgués me invitó a resolver con ladrillos de dinero la cuestión.

Por qué no poner a Lucrecia el fuego y a Amalia el agua sobre una misma tierra. Práctico sí resultaba. ¿Usted sabe el tiempo que ahorraría en mentiras y excusas?

¿Por qué yo debo perder los objetos cotidianos de una existencia feliz o renunciar al placer carnal? Después de meditarlo mucho, concluí que estaba a punto de construir, con ladrillos de astucia, una existencia plena en este mundo material.

¡Qué proyecto más futurista, más open mind! Una comunidad para vivir todos juntos sin morir en el intento. Los socialistas tienen dogmas ¿Quién dice que el dinero no te hace feliz? ¿Por qué no construir un burdel para gente decente? ¿Cuántos otros no tendrán el mismo problema?

Hombres con varias mujeres que deseen ahorrarse el tiempo de desplazarse entre distintas casas. Pronto me negué a ofertar un proyecto de apartamentos para infieles. Un espacio en el que se pueda tener a la esposa o la amante en un mismo complejo. Un brinco al ascenso de la poligamia.

Deseché la utopía al acordarme que soy un buen cristiano. Así fue como en solitario diseñé La Sagrada familia. Un proyecto de apartamentos de dos torres, conectadas por un puente con jardines colgantes.

Para la Sagrada familia deseé todo lo que me haría feliz en la vida. Una piscina, apartamentos con ventanales a los cerros de la ciudad, espacios generosos, Coworking y mucho más.

Marcos me prometió una vida próspera, bajo colesterol y una buena salud. El matrimonio nunca me hizo gran ilusión. Iba a cumplir treinta años. Casi me dejaba el tren o el bus, qué

sé yo. Parecía de lejos un gran partido, trabajador, generoso, demasiado bueno para ser hombre.

De joven era bello como un ángel. Ahí estaba yo para hacer de su mundo uno más feliz. Él hablaba y entonces yo como buena esposa le creía a pie juntillas todo lo que decía. Él era el arcángel de la construcción. Ladrillo a ladrillo levantamos una vida en común.

Marcos soñaba con construir la Sagrada Familia. ¿Qué nombre más hermoso, no? A mí me encantan las cosas bellas. Soñaba pasando el resto de mi vida en esos bellos jardines colgantes. Contemplando los cerros de la ciudad.

Él me llevó de la mano a conocer el terreno donde quedaría la Sagrada Familia. Me sorprendí al ver cómo de un lote abandonado lleno de inmundicia, se podía construir un pent-house precioso. Una casa en el aire. Acordamos que nuestro apartamento quedaría en la última planta. Para estar veinte pisos más cerca de Dios.

Cuando Marcos me propuso vivir con él pensé que por fin había dejado a su mujer. ¡Qué ilusa que fui! Aun así, el trato no me venía mal. Ya estaba cansada de vivir en un cuartucho que olía horrendo. Este me va a poner a vivir en el aire. Quiere, para mal o para bien, que haga parte de su Sagrada familia.

Quién soy yo, Lucrecia, para creerme activista de la moral.

Ante la oferta de ser propietaria, traté de evitar cualquier confrontación por bienhumorada que sonara. Los remolinos del engaño por fin venían para dejarme algo.

Acordamos con Marcos que viviríamos en el apartamento 206. Yo quería uno más arriba, pero él se negó rotundamente. Qué los impuestos son muy caros, qué sufre de vértigo dijo.... No niego que su reacción me dejó ondas de curiosidad. Igual la oferta era generosa, así que desistí de impregnar el momento con la fiebre del reclamo.

La construcción de la Sagrada Familia tardó como año y medio. Tuve que pedir dinero prestado aquí y allá para poder comprar los muebles básicos. Marcos me aconsejó en todo el proceso.

El día de la mudanza fue de los más bellos de mi vida. Limpiar ese espacio que era mío y solo mío me hizo infinitamente feliz. Marcos no dejaba de subir y bajar. ¡Pobre hombre, quedó molido!

Polvo, mugre, desorden, caos ¡Dios mío, ayúdame! Le imploraba yo al creador, después de ver todo deformado. Lo que por años estuvo perfecto, ahora carecía de algún sentido. Lloré a mares cuando la estatua de Santo Domingo Sabio se desvaneció en el piso. Las mudanzas, con el perdón de Dios, son una desgracia. Marcos no dejaba de subir y bajar todo el tiempo. Creo que para él la mudanza también era traumática ¡pobrecito!

Cuando mi Amalia me contó de la mudanza me alegré muchísimo. ¿Quién no quiere que su hija prospere? El proyecto se veía maravilloso, al menos al principio. No sé si es instinto de madre, pero yo intuía que algo no muy bueno se avecinaba. Ya soy mayor, ya soy una vieja zorra. Que viva en Muérdago, un pueblucho de mierda, no me hace menos vivaz, ¿entiende?

Marcos estaba raro. El exceso de trabajo en un hombre resultaba al menos sospechoso. Tanta rezadera de Amalia puede ser peligrosa para el bienestar de cualquier matrimonio. En esta vida no existen los santos. Hombre es hombre ¿comprende?

Cuando se mudaron, Amalia sentía un olor penetrante, como azufre, en los primeros pisos del edificio. Todo le resultaba esquivo, las vecinas le parecían todas unas putitas. Era mi pobre hijita, como una esmeralda en un basurero.

Aún no me queda claro a qué clase de gentuza le vendió Marcos los apartamentos. En cada piso las putitas salían casi desnudas a recibir un domicilio, o incluso se asomaban con ese pelo rizado artificialmente a botar la basura.

¿Sería a propósito? pensé.

La vida en la Sagrada familia iba de lo mejor. ¿Quién carajos no me dijo antes que ser rica era así? cómo no amar la vista y la tranquilidad de tener algo propio, lejos de los cobradores de arriendos.

Nunca en mi vida me había sentido tan cómoda en un lugar. Al fin había encontrado mi sitio. Hasta trabajar me parecía menos grave. Vendía más. Vendía mejor. Las vecinas lucían tan elegantes. Me quedé aterrada como una niña al ver cómo se podía ser distinguida de tantas formas distintas.

Amalia siempre me contaba que Marcos llegaba tarde a casa. De un momento a otro los tiempos cambiaron. Algo raro sucedía, de eso estaba segura. Era al menos llamativo que La Sagrada familia quedara lejos de su trabajo, y aun así llegara más temprano.

Esa construcción de hierro tiene su guardado, pensé.

Sentada en el sillón giratorio de mi despacho me propuse seguir a Marcos por un día.

El martes 13 de marzo me desperté como cualquier otro día. Dimos gracias con Amalia por una nueva oportunidad. Agradecí al creador por la posibilidad de bajar a los sótanos del infierno para tener buen sexo, y luego, al final de la tarde subir al cielo para recibir mi buena dosis de consentimiento. Desayuné como un pequeño Dios, besé las manos de Amalia cuando el banquete terminó. Me di una ducha genial, ya con la ropa lista entré en ella y me dirigí a la salida.

Antes de ir a laborar bajé algunos pisos. Besé a Lucrecia, que salió en pijama a recibirme. Luego me encaminé de nuevo. Tomé el ascensor y fui a trabajar. El día transcurrió sin

mayores contratiempos. Yo, el hombre más feliz sobre la faz de la tierra, regresé a eso de las seis. Otro banquete me esperaba en el 206. Entre beso y beso se hizo noche.

Ya satisfecho subí por las escaleras hasta el cielo, donde olía delicioso. Llegaba justo para la comida. Después de otro larguísimo baño me dispuse a cenar, y finalmente fijé mi atención en una novela. Me dormí calentito y rozagante, sin saber que esa sería mi última jornada como hombre dichoso.

Al otro día llegó Leonor tempranísimo. La saludé con la hipocresía de siempre. ¡Dios, cómo odio a esa bruja de mierda! pensé. Ella me despidió con uno de esos besos plásticos que sabe dar.

Marcos se fue a trabajar como siempre. Supe que no sería un día como todos, cuando vi a mi santísima madre llegar así de temprano.

Amalia, Marcos tiene a la moza viviendo abajo. Le dije, sin mucha reserva, a mi hija. Ella, incrédula, se persignó una y mil veces. La invité a que se diera un baño de realidad. Juntas estaríamos escondidas cerca del 206 a eso de las seis de la tarde.

Fue cuestión de horas para que la pobrecita de mi bebé se diera cuenta de que mamá no mentía. A las seis en el seis se derrumbaron los bloques del engaño. ¿Qué hacemos? me dijo, ahogada en lágrimas.

Ni se te ocurra desenmascarar al infiel, Amalia. En estos casos toca pensar con la cabeza pensante y no con la penetrante. Advertí.

Siempre pensé que las cosas con Marcos terminarían así. Quise por años convencerme de lo contrario, pero no hay discurso de autoayuda que pueda con la intuición. Cómo negarlo, la realidad me salpicaba. A mí, que he sido tan buena y creyente. ¿Por qué, Dios?

Mientras mamá lo organizaba todo, fue necesario fingir normalidad. Estuve por días felicitándome a mí misma por lo bien que había mentido.

El plan elaborado por mamá consistía en una competencia. Entre más comprometedor resultara lo encontrado sobre Marcos, más puntos ganábamos. Desarmamos la casa buscando estafas, clientes insatisfechos, declaraciones de impuestos maquilladas, o incluso recetas de medicamentos falsas. Mamá ganó la contienda.

Ya al mediodía, Amalia y yo teníamos suficiente material para joder a Marcos. Podríamos tranquilamente obtener la totalidad de su patrimonio por una bicoca.

Que Dios me perdone por querer todo lo creado y lo que está por crear. Deseaba justicia. Así que lo llamé, y llorando lo acusé de aquel delito moral. Colgué con un grito amenazante.

Hubiese necesitado ser adivino para imaginar las consecuencias que aquel acto tendría. Algo frío me recorrió el espinazo cuando Amalia colgó. Estoy al borde del sepulcro. ¿Finjo un error? ¿Cuento toda la verdad? ¿Lucrecia sabe? ¿Me van a dejar las dos?

Llamé a Lucrecia...

Lucre, ábreme, imploraba.

¡Quieto, veneno! le dije, mientras le disparaba una mirada cargada de mala voluntad. Lo mandé directo al cielo, para que arreglara sus infortunios con los ángeles y regresara para quedarse de manera definitiva aquí en el infierno.

¡Hijueputa! quién me manda a ponerme de creativo. Debí invertir en una mina, apostar en un casino y dejar a esas viejas quietas.

Cuando entré al pent-house del cielo, el olor a meados de murciélago me invadió. Miré a Amalia, la sonrisa casi le hizo pedazos la cara. Mi capital sería arrastrado por un ventarrón de pruebas que no me dejaban bien parado. Ese día supe que me llevarían a una tumba tempranamente.

Carajo, tanto trabajar para ni una mierda, concluí.

Luego de echarme a patadas sin derecho a réplica, Leonor y Amalia discutieron por horas qué iban a hacer con mi dinero. Acordaron repartirse en partes iguales. Leonor montó una fábrica de agua zafra. Amalia donó su parte a las monjas del Divino Verbo, a cambio de ser admitida en el convento. Para darle vida al relato diré que Lucrecia vive de la renta del apartamento.

Concluyo esta historia que le cuento con este mi último día. Yo diré que moriré joven a causa de un extrañísimo mal intestinal, o un proyectil lanzado al azar, no sin antes despedirme de mi patrimonio, ahora maldito.

Marcos.

## **Diva el hipopótamo**

Mamá ama tanto comprar, que una vez se fue de Black Friday encantada de la vida con treinta y nueve grados de temperatura en el cuerpo. Iba de aquí para allá pidiendo febriles descuentos entre la multitud, que se abalanzaba eufórica ante cualquier mínimo asomo de un precio razonable.

Ir de compras con Mamá es todo un infierno. Porque no para. Son inexistentes los momentos de descanso, almuerzo o break. Mamá no suele decidirse con mucha facilidad. Estoy segura de que ni en las grandes maratones del mundo se corre tanto, como con ella en una jornada de shopping.

Doña Corina suele viajar no para conocer el mundo, sino para conquistar mariqueritas bellas y sencillas como Napoleón. Estoy segura de que debió ser zarina de algún imperio majestuoso, pero cayó en desgracia por endeudarlo todo. Fue así como reencarnó en Latinoamérica para gobernar, al menos mi casa.

Estar con Mamá de viaje es sinónimo de caminar tras ella para cumplir un rol accesorio. Mis manos se convierten de repente en percheros, cuya máxima utilidad es la de sostener los paquetes. La única razón por la que Mamá me lleva de compras es porque solo cargan paquetes los plebeyos.

Un vuelo de bajo costo nos permite llegar a Colón en Panamá. Un puerto libre de impuestos. Ahí va Mamá impregnada de sueños. Imaginando todo lo que vamos a comprar. La boca se le hace agua nombrando las camisas, pantalones, blusas, zapatos, perfumes, joyas, bolsos, ollas, cubiertos, vajillas, cuchillos, muñecos de navidad, adornos, lámparas, tapetes, souvenirs, agendas, juguetes para el niño de no sé quién y los regalos para fulanita y zutanita que traeremos de vuelta. En definitiva, ir de viaje con Mamá resulta todo un desafío para cualquier joven dosmilero.

No hemos ni llegado al hotel y ella ya se está dejando seducir por cualquier bobería. Los vendedores son cazadores empedernidos que huelen la carne débil a metros de distancia. Ahí estamos rodeadas de comerciantes que pretenden devorar a Mamá.

En un santiamén puedo espantar, con éxito, a los cientos de vendedores para visualizar mejor el destino. Rápido me doy cuenta de que Colón es una isla desierta de historia, cuya única entretenición son las miles de bodegas de compra y venta de productos.

En la primera jornada de exploración Mamá llena las maletas que traíamos para la compra entera. Aun así, ocurre un peculiar fenómeno. Salir de shopping con Mamá se convierte en un ejercicio de contemplación. Es bastante característico de la faena mirar la misma condenada cosa en ochenta tiendas distintas, para terminar llevando la primera que le mostraron.

¿Mamá, y si vamos a conocer Ciudad de Panamá, así de plan tranqui? Mira que ya llevamos dos días de compras en Colón y no tenemos espacio para más cosas.

¡Por Dios! Virginia, no hay tiempo de ambientarse por ahí.

¡Ay, Doña Corina! ya me tiene cansada de cargar con los paquetes y no sé ni dónde estamos ¿Qué voy a decir cuando me pregunten cómo es Panamá, si fui y no lo conocí? Además, no entiendo por qué no trajiste a Papá para este plan.

Pues, porque con los hombres no se puede ir de tiendas, resultan un auténtico fastidio. Es un gran argumento, así que dejo de insistir.

Imagino, ya medio agobiada del repetitivo plan de compras, la cara de Papá al ver el centenar de paquetes a la llegada del aeropuerto. A punto de un cuz cuz lo visualizo detallando sin rastro de humor el cupo hecho humo de sus tarjetas.

Los callos, los putos callos ya me tienen las manos vueltas mierda, y es que Mamá no puede detenerse. Ya van ocho días en estas y todavía nos hace falta ir a otras cuatrocientas sesenta y siete mil bodegas. Es mediodía, hace un calor de infierno y los mosquitos me pican hasta en el culo.

Creo que tengo malaria o algún otro virus tropical. Me va la puta madre, ya estoy harta de la compradera ¡Doña Corinaaaa, pareee, que me quiero morir! Aparte tiene diez pares de cuchillos parecidos.

Virginia, ya, deje el show. No son parecidos, estos tienen formitas de animales.

A punto del colapso me encargo de quejarme sin parar. Odio caminar bajo el sol Mamá, me estoy quemando la carita. Ya no aguanto, tomémonos un break.

Cuando por fin gano la tregua y nos disponemos a entrar a un puesto de jugos, Mamá se enamora del que se convertiría en el florero de Llorente de nuestro viaje. Se trata de un hipopótamo con traje navideño como el de Papá Noel.

¡Virginia, mire esa divinidad!

¡Putra madre! no clasifiqué para el jugo, lamenté.

Ahí estaba el puto hipopótamo de felpa dispuesto a hacerme el viaje mierda. Le pido encarecidamente a Jesucristo, Buda o Mahoma que el miembro gigante sea nada más un adorno mal colgado. Suplico que no esté disponible para la venta, pero fracaso al darme cuenta de que está en descuento y que Mamá está completamente derretida ante sus encantos.

Ahora el hipopótamo navideño hijo de las tres mil putas es nuestro. Es asimétrico, así que la labor de cargarlo se hace compleja. Aparte, el traje térmico me arropa y me hace percibir una sensación imposible de aguantar. Me chanto encima al fulano, no sin antes presentir que algo worse está por venir.

¿No te parece lo más hermoso y decorativo que has visto?

No hay nada más decorativo que la nada Mamá. Respondo casi resignada a cargar el armatoste. Le recuerdo que tengo las piernas cortas y que por ende no aguanto el trote.

No seas gallina Virginia. Esta generación es demasiado floja ¡Dios mío bendito! Me dice como si yo no hubiese realizado la larga caminata, cargando un montón de paquetes.

Esponjas que limpian hasta los pecados, papel higiénico navideño, manteles de flores y hasta una escultura de una gallina se convierten en nuestras nuevas adquisiciones. Con la cara arrugada le pido al creador que me dé fuerzas para resistir la cargadera. Para hacer la jornada más llevadera juego a que el hipopótamo de mierda se besa con la gallina de mierda, mientras me derrito a cuarenta grados en ayunas.

De vez en cuando Mamá le da una que otra moneda a algún mendigo, quizás para no sentirse culpable. A estas alturas del partido ella luce alocada con el pelo Kinky del ajeteo, y es que llevamos casi todo un día caminando pa aquí y pa llá.

El calor, la humedad y los mosquitos no dan tregua. Deseo con todas mis fuerzas tener el truquito o el secretico que tiene Mamá para aguantar tanta adversidad climática. Resulta apenas sorprendente que no se le corra la pestañina. Si yo estuviera en su lugar, ya tendría la cara desdibujada. Me convengo entonces de que la cuestión es de actitud.

Con la trompa suplicante le pido a Mamá una tregua para descansar, así sea para solo tomar agua. Ella concede el descanso porque ve un Housing proyect de negros, y de este sale un muy risueño joven que se ofrece por unos dólares a acompañarla y así cargar los paquetes sin quejarse. Pude ver cómo se alejaban vacilantes y trémulos, mientras cantaban re felices una salsita.

Con los mocos colgando me senté en un paradero de bus junto con una cantidad considerable de paquetes, el hipopótamo y la gallina. Me fue inevitable despotricar del perolero y renegar en silencio sobre la actitud de nueva rica, con pozo de petróleo en el jardín, de Mamá.

Bastó un esfuerzo sobrehumano de racionalidad para que mi joven y parturienta mente diera a luz un plan digno de la saga de Marvel. Miré a los ojos al hipopótamo y a la gallina. Supe que para mayor confort alguno de los dos debía morir o al menos desaparecer. Finalmente, Mamá no estaba.

Fue suficiente un cálculo logístico para que me decidiera de una buena vez por refundir algunos de los productos importantísimos que Mamá había adquirido, con el único fin de no cargar o al menos no tanto. ¡Al carajo con todo! grité eufórica. Me llené de buenas razones para justificar la pérdida, y es que salvaría a Mamá de pagar gran cantidad de income taxes. Así, entre cacareos roncós e imprecisos me sentí estúpida, tímida y sobre todo libre de culpa.

Primero tenía que decidir de qué cosas me libraría y asegurarme de recoger la sangre para que no llegara al río. Cuchillos, ropa y detalles fueron arrojados sin escrúpulos a alcantarillas y contenedores de basura cercanos. Porque lo que para mi Mamá significa comprar, para mí lo es botar. Una sensación liberadora se apoderó de mi ser. Solo Dios sabe lo que significa andar por la vida libre de ataduras plásticas.

Casi al final de la tarea me quedó un asunto pendiente ¿A quién salvar, a la gallina o al hipopótamo?

He ahí un dilema de grandes proporciones. Mi primera ilusión fue deshacerme de ambos o que uno jodiera al otro, como en Romeo y Julieta, pero rápido intuí que la pérdida de ambos artilugios resultaría sospechosa ante la supervisión materna, poniendo así en peligro toda la misión.

Varias teorías conspirativas después, concluí que por solidaridad femenina salvaría a la gallina y me iba a deshacer del hipopótamo. Fui muy feliz al pensar que sería la última vez

que vería su cara de tarado dependiente. Resultó sencillo planear un empujón fatal que dejara sin vida al muñeco. La idea perdió fuerza al comprobar el gran tamaño del difunto. Ese puto gordo no pasaría desapercibido tan fácilmente.

Una nueva técnica floreció en mi imaginación. ¿Qué pasaría si con la ropa recién adquirida disfrazaba al hipopótamo de humano? ¿Qué pasaría si el hipopótamo se convertía mágicamente en un ser humano super independiente que esperaba calmado el bus?

Felicité a mi ingenio de cola, no por la brillantez de la idea, sino por su creatividad. Me importa un bledo si Mamá me pilla. Si triunfo será la pérdida de un adorno horripilante más épica de toda la galaxia. Lo juro.

Sin mente como los pollos me puse en acción. El hipopótamo con gafas de sol, minifalda, corbata, sandalias con pose de diva tropical me llenó el corazón. Parecía una reina de la noche esperando una carroza o una chiva rumbera.

Ya con la tarea terminada le escribí a Mamá. Ella me dio las coordenadas y en un tas tas llegué. Era evidente que mi doña se había vuelto loca de tanto endulzar con compritas la tarjeta de crédito, por supuesto.

A su lado, el muchacho inundado de sudor recibía el dinerito merecido por su ardua labor. Ahí, entre la compra y venta de afectos Mamá había hecho un nuevo amigo. El chico se fue bailando con su pago y una sonrisa de oreja a oreja.

Le advertí a Mamá sobre la tormenta que se avecinaba. Por fin, luego de días me hizo caso. Paramos un bus que nos llevara al hotel como mujeres o real ladies. Ella se subió épica, empoderada, con cientos de paquetes que logré embutir. Ya sentada pude vacilar un instante, anhelando con todas mis fuerzas meterme cuatro pepas de Voltaren y quedarme plácidamente dormida hasta la llegada al hotel.

De la nada la tranquilidad de mamá sufrió su primer down, preguntando extrañada si le faltaban paquetes. Cuestionamiento que negué feliz, aún con la cara sudorosa y los ojos cerrados.

Todo fue lujo y esplendor hasta que a una gringa enviada por el demonio se le ocurrió gritar ¡Looks that! a todo volumen y con un tono de sorpresa que alertó a todos los pasajeros. Normaaal, una bomba o un tiroteo pensé.

Rápidamente todos abrimos al unísono las ventanas, para detallar nada más y nada menos que a la diva de la noche que había creado con el hipopótamo de mamá y el resto de sus cosas. Por supuesto que ella me armó un zaperoco de considerables proporciones. Una mezcla de viejos resentimientos la inundó hasta el punto de ahogarse en reclamos bastos.

Ya con la de San Quintín armada pidió a gritos la parada del bus y me obligó a ir por el hipopótamo ipso facto. Con la cara amarrada baje a recoger de vuelta la pesadilla.

Justo cuando lo estaba recuperando se le cayeron las sunglasses, pobre diva. No tuve otra opción que sacarlas de la basura, dispersa en todos lados y por todas partes. Al levantar la cabeza pude detallar las caras risueñas de los pasajeros del bus. Para hacerles mayor gracia me puse los lentes arrastrados y les mandé besitos.

Mamá ante el espectáculo nos perseguía a la divita recién recuperada y a mí con la mirada, como si nos estuviera cazando para hervirnos vivos y así hacer un sancocho. Qué ganas tuve de poner un huevo para salvarme de la paliza legendaria que me daría por el pequeño impase.

No podrás divorciarte de mí así quieras, le bramaba yo con cada golpe.

Mamá tardó años en perdonar y dar por terminada la trifulca. El relato de la diva se volvió cuento obligado en cada ocasión familiar. Con el grito de victoria de Mamá incluido, claro está.

¿Qué sucedió con Diva el hipopótamo?

Qué les puedo decir. Un día lo mató la indiferencia, se lo comieron las polillas o el polvo y pasaron los años.

## La peor de las ofensas

Hay tres casualidades significativas en el mundo del transporte público que son esenciales para el pasajero promedio. La primera consiste en existir en el momento justo cuando pasa ese bus, que no para tanto y te deja en la estación que necesitas. Eso ocurre así, más allá o más acá del amor, sin esperarlo.

La segunda se relaciona con poder escabullirse entre la gente, para alcanzar justo cuando el bus pare, sin riesgo a quedarse afuera de último momento. La tercera, y aún más compleja que las anteriores, tiene que ver con mirar estratégicamente y lanzarse con la velocidad adecuada en el minuto preciso para aterrizar en un puesto libre.

Ay, papá, y cuando eso se hace realidad, usted siente que las estrellas se alinean a su favor. Que por fin burló a mercurio retrógrado, pero, sobre todo, que logró reírse en silencio de los tarúpidos que se endeudaron en la compra de un vehículo con intereses a diez años. Nada como saltarse el sistema para sentirse pleno en esa silla que es muy suya.

Resulta una abstracción exagerada de la elegancia ver, desde una posición privilegiada, al resto de los mortales agarrados de las barandas, como si la vida tendiera de un hilo. Advierto con una sonrisa kitsch el sufrimiento de centenares de intelectuales melencólicos apretujados unos con otros, cuyo único deseo es llegar rápido a sus destinos. Mientras el ritual sucede, esta princesa del tercermundismo se desvanece como un maniquí de escaparate en el reino de la comodidad.

Pronto se cierran las puertas y empieza el ajeteo, mi hermano. Veo cómo toda la gente se acomoda a las malas, protegiendo su derecho a caber en un mundo sobrepoblado. Es justo ahí, en ese roce, donde conozco el verdadero terror.

Hace falta que un codo se toque con otro codo para hacer el mundo arder, y de paso sentir el brusco cambio del placer al sobresalto. Miro a mi lado, inocente, sin prevenir que estaría por

conocer a la muñeca más diabólica e incendiaria de todos los tiempos pasados, presentes y futuros.

Un odio platónico a primera vista nos inundó. La gente fea es siempre mala, llego a esa última deducción antes de que empiece aquella señora, con cara de párvula depravada, a darme toda clase de patadas desde los más novedosos ángulos. Parece excitarse con cada golpe. Lo juro.

El viento corre en mi contra, así que la escena se impregna del eco mágico de tantos rostros que, indiferentes, evaden lo sucedido. Qué ganas de sacarle la madre o de borrarle las facciones a la viejita, para que deje de joder por una buena vez.

Pero no. Rápido recuerdo que debo ser plenamente coherente con los principios que inculco a mis muy queridos estudiantes. Así que me vienen a la mente los principios de Henry David Thoreau, un purista de la conciencia ética elevada. Lo que se traduce en ser un mamerto muy soñador.

Convencida de que la violencia no es el camino, intento con todas mis fuerzas ignorar las constantes agresiones de aquella cucha malvada. Quisiera responderle con su merecido puño.

Hay niveles de subdesarrollo aceptables, pero francamente la ruca se está pasando. Los golpes siguen sin reparos y yo me estoy quedando sin margen de maniobra. Sin espacio para moverme es inevitable hacer, por una buena vez, el justo reclamo sin perder la paciencia.

Allí estaba su boca caliente, y sobre todo tridimensional, dispuesta a repartir los más vistosos agravios. Dios mío, qué anciana más viva, me dije en ese momento. En ese primer Round, el calor del impropio se hizo evidente y, con una voz quemada por la ginebra, no me rebajó de bataclana.

A punto de perder los estribos pensé en atacar pasito. Solo una vez, como para no perder la dignidad. Con un madrazo pequeñito y cortico bastaba. Me detiene un detalle ¿Qué iba a

hacer si algún pasajero incauto se le ocurre grabar y subir a las redes el afectuoso encuentro?  
¿Qué pasa si el chasco se vuelve viral?

Me imaginé entonces en todos los titulares de prensa siendo acusada de inadapta da por agredir a una inocente anciana. La fantasía trascendió y me vi a mí misma grabando un vídeo de retractación, donde les pido a los miles de internautas comprensión y mayor presupuesto para los maestros.

Así, tratándose de una situación de vida o muerte reputacional, creo un mantra lo suficientemente potente para salir victoriosa. Me repito una y mil veces: esa pobre señora, a la que bautizaré Sylvia, es reina del mundo animal y no del humano. Está haciendo lo mejor que puede con las herramientas que tiene.

Con el pensamiento clavado a la fuerza en el mantra, y no en la verborrea otoñal, que me invita a la violencia, logro sobrevivir al menos la mitad del trayecto. Doña Sylvia me dispara ondas magnéticas de mala vibra, dispuestas a atrapar mi espíritu, hasta ese entonces conciliador, y ni qué decir de esa risita negra que babea de vez en cuando.

Un simple accidente histórico casi cambia el rumbo de mi encuentro con Doña Sylvia. Un señorito de la vieja escuela, apiadado de mi desgracia, o engolosinado por un final sangriento, ha decidido cambiarme el puesto, poniéndome al frente de la víbora. Con el cambio de envoltorio tengo acceso VIP a mi atacante.

Siniestros medios extrasensoriales me advierten de un leve olor a grasa bajo cloroformo. No niego que el mundo puede tornarse demasiado frívolo, y que las mujeres siempre tenemos el impulso vital de ser profundamente crueles entre nosotras.

¿Pero dígame usted, qué puedo hacer?

Para ese tramo ya odiaba profundamente a Doña Sylvia, así que, mientras ella me dedicaba los más primaverales adjetivos, me inventé una dinámica para soportar el resto del viaje. Le

borré la cara para pintar en ella a los más maquiavélicos seres. La soñé con el bigotito patético de Hitler, o la tan célebre cara naranja de Donald Trump.

La felicidad me duró poco y la fatalidad hizo de las suyas, pues caíamos en un atasco de buses, a pocas estaciones de mi destino. ¡Vida hijueputa! Maldije, a punto de una convulsión cerebral. Hasta cuándo voy a tener que aguantar este infierno.

Una descarga eléctrica anticipó lo que sería mi primera intervención real en el enfrentamiento.

En respuesta al drama querubín de Doña Sylvia por el retraso, le atiné a decir: bien pueda señora ir en helicóptero y venir en helicóptero, y si no le gusta, ¡de malas! De inmediato medio bus se meció a carcajadas.

Ante el chascarrillo, Doña Sylvia, poseída por una ira nunca vista en el transporte público, mencionaría a mí madre, tan venerable ella. No es por justificarme, pero a mí se me acaba el humanismo cuando me sacan a bailar a los míos.

Con los valores entremezclados me surge la duda, si el duelo con Doña Sylvia trasciende de una simple guerra fría, o si seré capaz de insultarla con adjetivos cruelmente yanquis. Maquinaciones de toda clase se me ocurren.

Un amplio abanico de agravios sacados de una canción estúpida se me viene a la mente. Contemplé como una oportunidad casi chamánica restregarle con ironía su muy evidente ignorancia. Dejarle más que clara mi embrionaria afinidad con el mundo de las letras. Encaminada al mal tuve el discurso pueril armado, como un sudoku. Sin advertir que ella atacaría primero diciéndome:

¡Gooooomela e mierda!

Qué cojones, la cucha Sylvia jugándose la carta de clase que justo yo iba a sacar. Eso debería considerarse plagio del más vil. La gente, atenta a mi reacción, se desilusionó al comprobar que me había quedado sin argumento, y por ende sin metodología, así que opté por desviar la atención a la causa del atasco.

¿Qué se necesita para ver a los hippies? bramaba Doña Sylvia.

Vieja inepta, no se da cuenta de que es una marcha proaborto, cuestioné para mis adentros.

Miles de mujeres con banderines verdes se robaron nuestra atención. Doña Sylvia desaprobaba el acto poniéndoles a todas cinturones de castidad, mientras yo me armaba de misiles argumentales, sin tener en cuenta que, ya cansada, mi mente ágil había renunciado a la contienda.

Quise lanzarme por la ventana para abortar la misión, pero no había caso. La prolongada relación de estructura parecía implacable hasta que la multitud se disipó despavorida, gracias a los tan agradables hedores de los gases lacrimógenos.

Ahora, además de estar atrapada en el mismísimo infierno, estaba siendo apremiada por el olor a rayos, el cual me hablaba sobre el infortunio de haber nacido.

Por un instante pensé que allí había terminado todo, pero no, mi cielo. Todavía me quedaba una última carta. Con el corazón latiendo de miedo empujé con el mayor de los disimulos el equipaje de Doña Sylvia, el cual consistía en una bolsa con una infinita colección de potingues.

Los tarritos malcriados se derramaron en el suelo, e incluso, encima de los otros pasajeros, quienes no tuvieron reparo en señalar a la vieja Sylvia del percance. Una ola de madrazos la adornaron, ya para ese momento, estábamos en movimiento, oliendo a rayos mezclados con frutas artificiales.

Doña Sylvia quería fulminarme a punta de las más bélicas miradas y culparme del incidente de los potingues. Con risita irónica negué lo sucedido. No me vengas con cuentos, exclamé. La frasecita condimentó lo que sería la batalla final.

Ella regresó a las viejas costumbres para cobrarme uno a uno los potingues derramados. Con la conciencia unicelular que la caracteriza me demostró que ese día los puntapiés estaban en descuento, y que yo era la feliz ganadora de unos cuantos.

Mi reina del sur ¡Deja de patearme! mira que soy de carne y hueso. Exclamé.

Ya sabía lo que se avecinaba. Vi cómo su cara pasó por todas las tonalidades reconocidas por el hombre. Rellena de odio, a punto de explotar, y con la vena hinchada paraba nuevamente el bus.

¡Qué feliz coincidencia! era la estación de mi destino. Casi desarmada, como una muñeca, me puse en movimiento, y de un brinco salí del infierno de la confrontación en el que me había sumergido en la última hora.

En el punto de llegada pude ver cómo la ruca Sylvia sacaba su cabeza para seguirme insultando. Esa viejita condenada no puede detenerse. Pronto me di cuenta de que la peor ofensa para doña Sylvia era no haberme podido dar la estocada final. Le figuró morir calladamente el resto del camino.

Con la partida del bus reconocí que todo lo que había pasado era una mala travesía. Le pedí encarecidamente al creador que me protegiera con su espíritu de volverme a encontrar en la vida con Doña Sylvia, o de llegar a ser vieja, o al menos una vieja como esa.

Prometo desde mi más tierna juventud ser una viejita adorable, amada por la RAE, los vendedores de potingues, las proabortos, los pasajeros de bus, los comercializadores de gases lacrimógenos, los estudiantes, los pacifistas, los hippies, los compradores de vehículos y los herederos de Thoreau. Amen.

## **El último día en la tienda**

¡Ay, jefe! no me mire así. ¿Qué le puedo decir?

Podría llorar arrepentida por lo ocurrido. Pero me saldría falso. Lo asumo, soy la manzana podrida de esta tienda. Una mujer sin carácter, señor.

Por si no se acuerda, me llamo Isabel Lacolla. Estoy aquí para notificarle que ahí le dejo su puto trabajo pintado. No me interesa morir de tedio, rendida ante una caja registradora, me niego a ser una gárgola más en esta tienda de antigüedades. Soy en este preciso instante una parodia de mujer joven huyendo de las catacumbas de la vejez.

Miro bizca a mi destino, pues no quiero atender a un cliente más. Hoy he decidido hacer caso omiso a cualquier anciano crédulo dispuesto a esperar. Se acabó el olor a polvo y la compañía de reliquias expectantes ante un nuevo dueño.

No me afecta lo que usted pueda decir en este momento, igual ya hace años renuncié a ser una muchacha de su casa, una señorita de bien. Que quede muy claro, me importa una mierda esta tienda y sus artilugios, dizque carísimos.

Estoy cansada de fingir amabilidad, esperando la voluntad de un Dios que nos concede o nos niega favores. Si salí triunfante de la soltería perpetua o del eterno mal querer, seguro también podré librarme de aquella tozudez mental que me tiene atada a este trabajo.

Espere un momento ¿Usted me está acusando de que falta plata en la caja?

Me encantaría en este momento llorar temblando, negando hasta la muerte su solapada acusación, pero no puedo. Mentiría como una prostituta si le dijera que he sido una trabajadora impecable.

Confieso que en mi labor de vendedora no solo me dediqué a cuidar o administrar esta bóveda de recuerdos. Luego de algún tiempo debuté como aprendiz de ladrona. Tomaba un dinerito por aquí y otro por allá.

Le advierto. ¡No me grite! Que yo lo estoy tratando con respeto. Permítame aclararle lo sucedido.

¿Qué haría usted si tuviera que madrugar para abrir, atender, sonreír falsamente, limpiar, contar y cerrar todos los días de su condenada vida, para luego ganar una pequeñez?

No me culpe entonces por intentar cambiar el sistema. ¡Ay, jefe! esa soledad, ese silencio y esa falta de cualquier contacto con la autoridad puede tentar a cualquiera a romper con el celibato monetario.

Al principio no me convenció mucho la idea de hacerme ladrona. Los primeros meses pensé que un ente controlador me castigaría por cogerme lo que no era mío. Con el tiempo se me hizo costumbre. El nuevo hábito funcionó como antídoto para ganar independencia. Compré mi derecho a vivir como quería.

Acepto que yo sí robo, pero robo poquito. Mi gestión en medio de todo ha sido muy positiva. Agradezca que la tienda aún no se haya quebrado. Aparte, usted casi no viene por acá, y yo me parto el lomo todos los días para vender lo que se pueda.

¿Acaso no merecía una porcioncita más grande?

Esta tienda me ha convertido, sin querer, en una anarquista de la falta de efectivo a fin de mes. Le aseguro que en esta ruina de acusados y acusadores yo soy mejor que usted.

¿Qué pretendía?

Encontrarme como un expediente siempre en el mismo lugar, mientras se me pasan las horas, los días, los meses y los años. Pues no, señor. Le pido que no sea cínico y no me haga esa sonrisa de prostíbulo.

Ahora estoy segura de que quería más, merecía algo mejor. Debería darme las gracias de que en todos estos años laborando aquí no me he unido a ningún sindicato. Porque francamente, con ese salario que usted me paga, resulta más rentable quedarme en casa.

No me diga huelguista, por favor, que yo a la calle no salgo. Eso añadiría a mi ser un aire de pordiosera a la que le niegan la limosna. Acuérdesse, yo no pido, yo robo. Solo lo justo, claro está.

Sabe, yo nunca he robado para darme lujos excéntricos, dignos de cualquier influencer suramericano, no, yo ahorro, corrijo, invierto. Con la ganancia extra de su tienda me he comprado un taxi. Ahora estoy cerca del sueño utópico de ser mi propia jefe.

A todas estas ¿Qué hará usted sin vendedora?

No sabe ¿verdad?... Aceptémoslo, los jefes son esclavos de sus inferiores.

Oiga, qué le pasa ¿Me está amenazando?

Noto que no se ha dado cuenta de que me importa un carajo la denuncia. Hará un papelón en la comisaría. Se va a sentar con otro proletario más a cacarear sobre la maldad del mundo, sin entender que somos los trabajadores los verdaderos amos de la burocracia, jeje...

Ya le dije que no me estoy burlando. Mejor olvide lo que acabo de decir. Demándeme. Así nos hacemos viejos sin resolver el caso, o mejor, dejemos esa deuda para la otra vida.

Hábleme más clarito, pronuncie bien, que no le entiendo.

¿Me pregunta qué papeles falsifiqué?

Unas poquitas cosas, solo la tarjeta de propiedad de la tienda. ¡Ah!... también algunos estados de cuenta, recibos, declaraciones de impuestos, entre otras cuestiones sin mucha importancia. Quién le manda a usted a darme acceso a su firma en digital.

Pero hasta a mí me sorprende lo buena gente que soy. Quiero que usted, señor Denevi, siga siendo el dueño. No tengo perfil de jefa, de eso estoy segura.

Señor Denevi, antes de que me siga gritando tanto improperio, quiero dejarle claro que yo todavía le tengo cariño.

Ya pare con tanta mala vibra.

Qué falta de grandeza no reconocer la astucia de sus empleados. Gracias a mí, la tienda no ha contribuido con un impuesto en años. Toda una postura política en contra de esos funcionarios públicos de porquería que se roban el erario. En este negocio le decimos no a la corrupción. Sí a la democracia.

Le repito Don Denevi. No quiero arreglar nada con usted. Ya le dije que hoy me largo y punto.

Solo me queda una cuestión pendiente. Necesito descargar algunos documentos comprometedores. Es para nuestro bien, se lo aseguro. No se apure, solo son como cuatro mil quinientos archivos perfectamente ordenados en una carpeta.

Présteme ese puto computador. No busque que esta despedida se torne violenta. Yo sé juzgar, pero también discernir. No me haga ejercer la cuota de poder que me corresponde.

¡Deje de insultos bélicos, Don Denevi!

Insiste usted en no entender nada. Los empleados venimos siendo una especie de logia que le ofrenda los negocios, el producido y el capital a cualquier pobre diablo que prometa algo mejor. Usted no alcanza a comprender que el silencio de esta tienda incita a la locura.

No me diga que usted me quería mucho y que me acaba de sacar de su corazón. Su cursilería lo arruina todo. No me excuso, ni me arrepiento por lo que según usted hice. Yo solo fui víctima del desenfado de adulta que me enseñó la calle. Usted es quizás el único ser sobre la faz de la tierra al que le parece justo el mundo.

Continúo pensando que debería estar agradecido conmigo. Sí señor.

Sin mí este cuchitril se habría venido estrepitosamente al suelo hace años. ¿Ya se le olvidó cuando se iba de vacaciones, retiro espiritual, cuando no venía porque estaba lloviendo o hacía mucho sol y el negocio seguía funcionando?

Yo le he patrocinado el derecho a la flojera por años.

Deje de lanzar esas miradas huidizas. Tenga claro que no voy a permitir que su sorda irritación me arruine mi último día como trabajadora oprimida.

Con esa cara que hace parece un gallo en riña. Ya está azul, se va a infartar. Sí, robé diez años, pero tampoco es para que entre en cólera.

Tener un negocio implica poner a prueba la paciencia del mundo. No espere que por obra de una varita mágica todos trabajemos por una miseria, sin aspirar a ser los nuevos ricos, o al menos los nuevos clasemedieros del momento.

Que quede claro que nunca ha sido mi intención golpearlo con hecatombes de hilaridad. Pero mi señorcito Denevi ¿Qué representa para usted, todo un ricolino, una renta por diez añitos nada más?

Este es mi último día de trabajo, no estoy para ocultar cosas. Esta conclusión no es para nada una broma soez. Aceptemos que el valor del dinero es imaginario. Una construcción social.

No me castigue con ese silencio submarino.

Este es solo el resultado de dejar una creación empresarial en manos de un ser provinciano, acostumbrado a trabajar sin recibir. Resulta natural que desde las llamaradas de mi conciencia brote la voluntad de hacerme rica en nombre del bien común.

¡Deje de decirme pobre!

En todo caso, mi señor, fue un gusto poder trabajar para usted.

Estoy por despedirme, pero antes quiero desearle lo mejor en esta nueva etapa. Espero de todo corazón que encuentre pronto la pasividad de un nuevo pusilánime, que siga trabajando de sol a sol para el bien de nuestro negocio.

¡Ay! pero qué día más bello está haciendo afuera. Saludos a la familia. Chau.

## Después de la Madrileña

Rosaura es la chica diez que llega tarde a las clases de inglés. De perfil discreto, ropa unicolor y capota. Ella tiene el super poder de ser invisible. Carece totalmente de engreimiento repentino. Qué les puedo decir, Rosaura no es fea, ni bella, ni vieja, ni solterona.

Rosaura no es de izquierda, ni de derecha. A Rosaura no le gustan los sabores dulces o amargos. Rosaura nunca está ni muy feliz ni muy triste. Es, en conclusión, un ser de centro que anda adormilado por la vida.

¿Débil? ¿Sería Rosaura débil? Me pregunté al conocerla.

Al detallarla un poco más, advertí que me tocaría servirle de madre. Confieso entonces, que más de una vez estuve tentada a darle una felpa para despertarla.

Rosaura casi no hablaba, pero cuando la ocasión lo ameritaba, en perfecto castellano recitaba. Desde el punto de vista de la inteligencia no era un fenómeno la muchacha. Pero entendía algunas cosas importantes de la vida, como que la comida chatarra es en todo caso más rápida, o más barata.

Fue cuestión de días para que yo empezara a intuir el carácter agrio de su bolsillo. Quedaba claro el esfuerzo tan estrambótico que había hecho su familia para que dominara un segundo idioma.

A Rosaura le costaba vivir en libras esterlinas, así que ahorraba hasta el último peso. Caminaba largas distancias desde el Instituto a la habitación en la que vivía. Se ruborizaba ante la amenaza de algún gasto innecesario, aprovechaba las muestras gratis y nunca, pero nunca, daba propinas.

Yo no caminaba largas distancias, ni esperaba a los descuentos, ni me vestía de monocromo. Yo rubia esclerótica no tenía de otra más que convertir la herencia familiar en una garita. Nuestra cadena de hostales La madrileña me había llevado a Inglaterra, sin quererlo me había convertido en una millonaria excéntrica sudamericana.

Agradecida sí. Presa del legado familiar no.

Continúo.

Ante la escasez de liderazgo de la muchacha, me creí profesora, niñera, prestamista, guía turística y chef. Nunca había sido tantas cosas. Ahora que lo pienso, Rosaura brindaba un amplio espectro para la imaginación.

Luego de unas semanas Rosaura, la tibia, la serena, madreaba con toda clase de adjetivos altisonantes en una tranquilidad sorprendente. Después de todo, la gente instruida resulta tan mala como la ignorante, solo que con más argumentos.

Llegó el fatídico día en que Rosaura me miró diferente, con más cariño del usual. Temí que me hablara de amor, o me escribiera una cursi dedicatoria con letra redonda, papel rosadito y perfume frutal. Cabe resaltar que las mujeres modernas no escribimos, y mucho menos recibimos cartas de amor.

¡Yo no soy chiquilla adorada de nadie!

La repetición de los diez tiempos verbales del inglés eran el padre nuestro que indicaba el comienzo de otra muy dinámica clase, en la que me sentaba junto a Rosaura.

Espiarla se convirtió en mi deporte favorito, la veía perderse en un mar de curvas y sombras retratadas en una servilleta. Ella paraba de dibujar cuando se daba cuenta que yo la miraba. Yo no dudaba en ofrecerle todo un rosario de disculpas.

Rosaura pasaba el invierno con las medias abajo y la suela del zapato rota. No se congelaba de suerte. La Madrileña muy gentilmente patrocinó su nuevo guardarropa monocromático.

Al cambiarse el gran abanico de prendas, Rosaura pedía una tímida opinión. Luego de dejar a un lado los montones de ropa ancha, me fue inevitable verla. La morena se despachaba unas curvas por las cuales cualquiera se quedaba bizco.

La locura raptó mi entendimiento cuando las invitaciones a Rosaura excedieron mi capacidad de endeudamiento. Lamento que el fruto del trabajo de mamá les resulte esquivo.

Rosaura, luego de meses, por fin se delató con un detalle, una invitación. Me preguntó si quería ir con ella a Londres.

Acepté de inmediato.

Ella va a hacer un gran esfuerzo para que juntas podamos ver en vivo y en directo el London Bridge.

Llegó el día, compañeras.

En la estación del tren me esperaba Rosaura, quien temblaba un poco mientras contaba unas monedas para completar el pasaje. Viajamos durante dos horas.

La meca de la civilización inglesa posó ante nuestros ojos.

¡Oh, qué bella resulta la prosperidad, hermanas mías!

De su mano me integré a la esencia de Londres. Con ella la ciudad resultaba menos gris. Pronto comprendí una rara certeza en Rosaura. Ella sí conocía Londres.

No tardó mucho para preguntar si podíamos ir a comer con su padre. Acepté sin chistar. No sin antes imaginar a su progenitor.

¿Cómo llegaría el papá de Rosaura a Londres?

¿Se dedicaría a la jardinería?

¿Quizás al noble oficio de la pintura?

Mis hipótesis se vieron interrumpidas, pues un presentimiento fulero me manoteaba el corazón.

Tras una interminable caminata, llegamos al Hotel Wien. El lujo era evidente. Nos hicieron pasar al comedor. Una gran cantidad de platos, que nunca en mi vida había visto, se hicieron presentes.

Allí sentado, un sujeto de metro y medio, con cara achicharrada, que tomaba vino triste, se apoderó de la escena. Al ver a Rosaura se le hinchó una vena de la sien. Supe en ese instante que el sujeto era un demonio de perversidad.

El señor Abuud, gran coleccionista de arte era en verdad Don dinero, así, rico hasta la médula, no tuvo complejo espiritual en dejar la cuenta a mi nombre. Ahogándome de pura rabia, gasté lo último que me quedaba de la Madrileña.

¡Eso no fue lo peor, queridas mías!

Esa misma noche Rosaura dejó claro que no habría un juego de compensaciones. Ni un besito, ni una caricia, ni un bailecito, nada. Solo me dedicó una carta en la que se despedía lánguidamente.

La crispación del fastidio me fue evidente. No tuve otra opción más que pudrirme en lágrimas.

¿Cuánta plata habré perdido en una pobre muy rica?

Al comprobar mis reservas quedé atónita. ¡Dios! el cadáver de la herencia estaba caliente todavía. Hemos perdido hermanas mías, y todo por andar con el culo mal asentado.

Aquel dinerito nunca debió quedar ante mi mal ponderado sentido del juicio. Solo puedo decirles que el corazón me ahoga.

Perdón, diez veces perdón.

Enilde.

## **Eso de ir a dónde los putos**

¡Olivia, que no!

¿Tú solo piensas en ir de fiesta?

Donde mi bro descubra que me entregué al jaleo con su tarjeta de crédito, en medio de los parciales finales de la universidad, me mata. Acuérdate que salir de parranda con billetera ajena resulta una batalla victoriosa, pero sangrienta. Imagínate cuando mi hermano descubra la infidelidad bancaria ¿Qué voy a hacer?

¡Qué descaro el tuyo! cómo se te ocurre hablarme sobre pecaditos de una jovencita informal. No quiero bajo ninguna manera que mi destino académico termine recubierto por ciegas y torpes costras. Te pido el favor que dejes de venderme otra fracasada versión del dorado. Ya te dije que no iré, y no voy a cambiar de opinión, así pasen cien años.

No debí.... Olivia, vamos de regreso a Bogotá. ¡Carajo! Frena, vas como a doscientos por hora... No llegaré a los parciales ni a cumplir veinte, ni a ninguna parte. Déjame aquí, te lo ruego. No me ignores. Tú no sabes lo que un verídico llanto mujeril dispuesto a vencer voluntades puede ocasionar en medio de una autopista.

¿Dónde estamos Olivia? ¿Al menos ya conocías este sitio?

La gente de este pueblo está oligofrénica, no tengo idea porqué nos miran así. Como si llegáramos untadas de algo desagradable o viniéramos a hacer quién sabe qué cosas. ¿Por qué hay tantas ancianitas masculladoras? ¿Están esperando una tómbola benéfica?

¿A qué te refieres con clientas?

¿Esas señoras tan mayores también se van de fiesta? Qué maravilla la tercera edad entonces. No termino de entender por qué me trajiste a una fiesta de viejitas. ¿Seguro que no es un funeral, un bingo o una novena?

¿Al menos venden licor? o ¿Las señoras se van a dormir a las nueve treinta? Yaaa, cálmate, es sin ánimo de herir susceptibilidades. No deseo que me arrojen un bastón por imprudente.

Estoy ansiosa porque empiece el show, ya quiero ver a la Chicholina recitar finos versos eróticos. Definitivamente la poesía es un arte tan femenino. Relájate, chica, no te estreses. ¿Al menos viene Chabelo?

Woow woow, qué es toda esa piel.

De película. Yo no había visto tantos tipos semidesnudos juntos. No pedí venir a ver a los putos, pero ni modo, me tocará quedarme. No estoy sufriendo demasiado, lo admito. No lo supero, esas viejitas condenadas en lo que se gastan la plática de la pensión, jiji.

He de reconocer que esos tipos bailando el Meneíto se ven medio ridículos moviendo eso, así en todas partes. Debe ser que no he encontrado a mi puto ideal.

Olivia. ¿Te imaginas ser la cónyuge demencial de ese tipo? Fijo le dijo enfático a la esposa que es ingeniero o médico, y míralo, moviendo el poto para ganarse la papita.

El que baila en el medio me gusta un poco más porque se parece a la Roca, tiene ese mismo atractivo vulgar y ruidoso.

Estás loca mi vida, cómo te va a gustar el de la esquina. Luce muy hippy con ese juego lento, sutil y primoroso, fijo para hacer el amor necesita fumar marihuana y para vivir necesita al psicoanalista.

Tal vez me agrada más el flaco de cara triste, se ve más real, como el tipo que uno conocería en Bumble, para salir a presumir de una vida perfecta de Instagram y cosas que uno no tiene o aún no ha terminado de pagar.

Olivia, cielo, no deja de sorprenderme estas hazañas de flacucha millonaria. ¿A qué galán vencido le darías una respetable suma a cambio de una noche loca?

Te estoy hablando de un cotejo efímero, no de una desolada forma de matrimonio norteamericano. No te pases. Pensé que era un mito abolido relacionar el sexo con el amor pacato, eterno y celestial. No empieces por favor, a hablar de decepciones ahora, mira que la estoy pasando bomba con los putos. Cuando salgamos te seco las lágrimas, lo prometo.

¡Ay! atrapa ese juguete. Yo sé que no es carne, pero ese sólido instrumento es casi tan respetable como un marido. Eso nos servirá para después ocasionar uno que otro percance ginecológico. No te preocupes. ¿Quién quiere ser la querida de un hombre casado cuando se tiene esa clase de artilugios a la mano?

Espérate, Olivia.

Ese sujeto que viene entrando por la tarima me parece conocido. Más familiar de lo que me gustaría aceptar. Esa espalda yo la he visto. Compartimos ese mismo lunar. ¿Qué carajos hace el tarúpido de mi hermano disfrazado de puto? ¿Qué tiene en la cabeza ese bobo? Lo voy a acusar con papá.

No niego que está bien dotado, pero no de pensamientos exactamente. Tápame, que no me vea. Aparte le voy a pagar con su tarjeta, su propio servicio. ¡Oh, ironías del destino! Ese rubio me acaba de derrumbar la moral. Qué grandísimo fiasco.

Bueno, pero hay que reconocer que tiene talento. Es imposible negar que zapatea con mucha destreza, seguro que la putería es su verdadera vocación. Sigo pensando que lo prudente era

al menos salir con antifaz, para disimular un poco el maligno escozor de encontrarse con un conocido.

Ahora estas viejas efervescentes no superan el sexapil del pendejo de mi hermano. No lo violen con esa mirada. Estúpido público matiné. Respeten para que las respeten, cuchas pervertidas. Definitivamente lo que una tiene que aguantar. Eso de cuidarle la virtud a un puto es un trabajo demoledor, no me jodan.

¿Cómo quieres Olivia que no cargue con un rostro cargado de mudables decepciones? Acabo de conocer en alta definición el momento de mayor verticalidad humana de mi compañero de ADN. Olvidar esa virilidad, quizás con olor a espinaca resultará imposible. Es un trauma de dimensiones abismales que nunca superé.

¿Qué no es para tanto?

Claro, como no es sangre de tu sangre. Olivia, entonces todo es risa... La esfera familiar no debe cobrar ninguna categoría intelectual o erótica. No dejo de ver a mi hermano con rostro de piropoador sin acentuada vocación pornográfica. Arrastrándose por el indiscreto turismo sexual hacia una oferta variada de moteles, con el único fin de dejar en estado de viudedad a varios hombres. ¡Qué porquería!

Me siento mal. Se me sube la bilirrubina cuando analizo la posibilidad de que ese bobo nos esté mintiendo descaradamente a todos, solo para cumplir el sueño erótico propio de centenares de cuchas imprudentes. ¡Ah! Olivia, no puedo con tanto. Qué ganas tengo de tirarle un tacón a ese tonto, solo para ver si reacciona y deja de mancillar el pundonor familiar.

¿Cómo nos va a ver la gente de ahora en adelante, Olivia?

¡Ush! qué rabia reconocer que el primer machista del país no es necesariamente un marido borracho o adúltero, sino un puto ganoso. Mi hermano no piensa en su esposa. No le aplica ni una cremita Max factor de piedad.

¡Dios mío bendito! ese hombre sí que le está dando mala vida a esa pobre mujer. No se te haga raro que el matrimonio se desbarate y todo por andar de adúltero o puto ambicioso.

Esa desafortunada vieja le va a tocar esconderse, y solo salir para sorprender a la luna. Quizás la desgracia la convierta en la primera cachona en atreverse a cruzar el Atlántico. Toda una hazaña. Pero esas proezas solo suceden en un tipo muy idiota de literatura del corazón.

En el mejor de los casos tal vez la mujer nunca se entere, o el ejercicio de estar con un puto se convierta en miles de anécdotas que nutran la rutina. Quién sabe. Finalmente, la intimidad marital se alimenta de sus propios chismes.

Aun así, no dejo de tener miedo de que mi bro termine siendo un puto pasado de moda, y una vez marchito se rinda ante la bebida, arrepentido de sus equivocaciones juveniles en el exilio de los bares. Deseando mediante plegarias religiosas, pero sobre todo volcánicas, jamás haberse hundido en las clandestinas ráfagas de la pasión femenina.

Mira Olivia, ahora los putos interactúan entre valientes y extravagantes con el público.

No, gracias, señor puto, será en otra ocasión. No necesito de estimulantes afrodisíacos justo en este momento. Tengo cero ánimos de celebración. No quiero ir a ninguna parte. No merece ni una gotita de amor, recuerde que usted es un antihéroe.

No me venga con caritas sexis, que mi cuarto propio me espera.

¡Olivia, que noooo!

¡Ah! pero qué fue eso.

Me estoy diluyendo en sudor. Jesusito bendito. Qué pesadilla más horripilante. Será que Olivia se ofende si en medio del crepúsculo le escribo una postal de amor con tono de madre tierna primeriza, donde le informo que ni por el putas voy a ir a su porquería de fiesta.

Es solo por si acaso.

## Ser África

Hola, me presento, me llamo África, la más bella de las muñecas. Qué te puedo decir sobre mí. Habría que empezar mencionando que soy dueña de un lugar privilegiado en la tienda de maniquís más costosa de la ciudad. La cream de la cream ¿Me entiendes? Soy como un Ferrari rodeado de muchos Twingos. Allí soy la Star de un escaparate equilibrado, sin riesgo alguno a colapsar.

Baby, acuérdate, todo es mente, me digo mientras disfruto como siempre de la suavidad del estante. En pleno regocijo siento que la fortuna me sonrío y de qué manera.

En la plenitud de un día como cualquiera, una voz, qué te digo, una espeluznante voz desde la lejanía me indica que la cosa no es tan así. Paso de la total tranquilidad a sentir que un intruso entra sin previo aviso a mi sistema. Me desarmo del miedo al ver que soy rápidamente bombardeada por las más fatídicas ideas, me convierto en cuestión de segundos en una presa de realidades recién creadas.

Con ese mal presagio, casi que agónico, se extingue el día ¿No te has dado cuenta de que los malos pensamientos suelen llegar en la noche? Casi intuyendo un evento desafortunado, reviso el buzón de sugerencias del estante, y bingo.

Ahí estaba el llamado al desprestigio. No te imaginas lo que fue leer aquella invocación a la desgracia, o al infortunio de ser una muñeca esclava del capital. Y yo que le tengo pánico al mal vivir. No me lo podrás creer, pero de un momento a otro me transformé en África, la reina del insomnio.

No duermo pensando en cómo encontrar otro escaparate, otro lugar bello donde reclinarme y lucir. Así, sola con mi alma rota, paso la noche entera sabotando a la desgracia.

Al otro día despierto temprano. Tengo el tiempo justo para arreglarme y lucir divina, a pesar del diluvio que se avecina. Sumida en la más discreta desesperación me dirijo a la dirección

del estante. Temblando y a punto del desmayo, o de un paro cardiaco, llego a mi destino. De inmediato siento que en algún rincón de mí nace una planta.

Llega el momento cumbre para ver el infortunio a la cara.

Me basta un segundo para entender que sería despedida del estante. De inmediato busco por dentro para por fin detectar cualquier fallo en mi sistema. Es caso perdido, no encuentro pretexto alguno. Yo tan divina, tan única, tan tropical ¿por qué dejaría de ser una muñeca titular?

Creo que he realizado de manera espectacular mi trabajo. No niego que en un estante muy, muy lejano, las habrá mejores, no lo dudo, pero soy un derroche de magia y de encanto único. Una joya digna de cualquier escaparate, portadora de la más fina elegancia y sabiduría creadora.

Dejo de admirarme por un momento, para darme cuenta de la cruel realidad. A veces en la vida la meritocracia es una vil ilusión. Trato de sobreponerme a la pérdida. Me es inevitable tener mucho en qué pensar.

Serías dudas existenciales me aquejan ¿De qué manera impedirlo? ¿Cómo convencer de que merezco el lugar? ¿Qué accionar será más fructífero? Tal vez un tono lastimero, o un modo necesito el trabajo, o de repente convencerme de una buena vez de ser una muñeca envalentonada con grandes virtudes ¿Qué hago Barbie? ¿Qué hago?

El dilema cede para darle paso al golpe. La muñeca decana, Diosa del deber está parada enfrente. Las plantas que hay en el verde de esos ojos no van a tener piedad de mí, pienso. Me pide que la espere un momento, y sin más desaparece. Todo pasa en un santiamén, sin tiempo para preparar una gran actuación.

El frío de la muerte me hace escuchar el latido de las máquinas. A Punto del desmayo, me arrepiento amargamente de haberme resistido por años a los anuncios de las otras muñecas. Vuélvete tu propia jefe, es el momento de emprender, hermana, me animaban.

Mientras tanto yo me las daba de sorda, muda y necia. No tengo la culpa de ser una fémina linda, pero ciega. No olvides que soy una muñeca, es decir, una mujer sin pasos.

Pasaron instantes crueles, en donde las otras víboras del escaparate se atrevieron a especular toda clase de injurias relacionadas con mi ser. Me miraban con sus caritas sonrojadas, acusándome, como si yo fuera ladrona profesional de prendas íntimas. Queriéndome decir “Nosotras somos muñecas, tú, arréglatelas cómo puedas”. Incluso, un muñeco chiquilín maleducado me levantó el dedito odioso. ¿Puedes creerlo?

Mientras esperaba años, que pasaban en un segundo, tuve al menos tres crisis de lágrimas esquivadas únicamente por la dignidad. Acepto que el ambiente se tornó chinesco, así que practiqué en silencio mis palabras de despedida, resaltando mi crecimiento personal en el estante y los buenos momentos vividos.

Soy entonces África, la muñeca reflexiva. Acuerdo conmigo misma que agradecería, temblando por la oportunidad. Sin riñas recogería mis miembros desarmados, y aceptaría que resulta apenas necesario saber perder. Sin respuestas agobiantes, ahí acabaría el sueño del estante.

De pronto me fue imposible reaccionar en contra de mis manías. Para describirlo mejor, puedo agregar que tengo un corazón arrugado y chico. Uno atrevido, fuerte, encargado de almacenar los más agrios recuerdos por años o incluso décadas. De inmediato me doy cuenta de que soy África, la muñeca rencorosa.

Pienso en demandas, querellas, derechos laborales y avisos previos. Siento una furia capaz de penetrar las poesías con cuchillos untados de adjetivos altisonantes. Sin duda armaré un

escándalo como no se ha visto en este país. Voy a reclamar mis derechos al son de gemidos lastimeros, mientras derramo mis últimas gotas de vidrio.

Ya con las piernas enredadas como árboles, termina mi agonizante espera. De repente a la muñeca Decana le pareció que tenía ganas de volver. A punto del colapso soy incapaz de apreciar al verdadero protagonista de esta historia.

Nerviosa hasta la médula cometo el tímido error de ignorar, e incluso, de burlar el objeto. Rápido me doy cuenta de que la fatalidad voluptuosa tiene la forma de un sobre.

Ahí está el sello de mi desgracia. Es de tamaño mediano, y un blanco eterno interrumpido únicamente por letras cargadas de tinta negra. Esta muñeca ha encontrado su verdadera historia, sopeso.

Pronto puedo Leer Korpensiones. Estado de cuenta.

Mi ánimo se repone de inmediato. Me muero, ¡Qué emoción! ¿Será que me van a pensionar del estante a los veintiséis?

La decana se da cuenta de que he regresado a las costumbres felices de antes. Te quiero porque eres loca, me dice. Un alivio casi cósmico me invade, y por fin puedo leer que me faltan mil doscientas ochenta y siete semanas para ser la muñeca pensionada, y que si continuo con mi ahorro, a los cincuenta y un años podré, tal vez, aspirar al nirvana de las muñecas mayores.

¡Qué brutos pueden ser los muñecos burocráticos! Es obvio que cuando cumpla cincuenta y un muñequezcos años ya se habrá quebrado el sistema de pensiones, me habré muerto, o peor aún, se habrán extinguido los muñecos.

Con un aire de loca sublime me regreso a mi lugar en el estante, agradeciendo al creador por poder ser África, la muñeca privilegiada, al menos por un semestre más.

## Tantas veces Osaki

Llueve en todos los rincones de París, menos en el Café Procope. El ambiente huele a caro, sabe a antiguo, se siente dulce. ¡En efecto, me encanta! pero no te me confundas, este relato poco tiene que ver con una pauta publicitaria, una guía turística, o un delirio subdesarrollado. No estoy aquí para hablarte sobre las maravillas del Café Procope.

Mi visita obedece únicamente a una cita oficiada por la virtualidad. Un idilio propio del querer moderno. Estoy en un país ajeno, buscando el amor eterno. Después de todo ¿Qué puede salir mal?

Me basta con hacer un breve mapeo, el cual me da pistas sobre el ser que tengo enfrente. El presunto conquistado tiene cabello fino, frente fina, nariz fina, sonrisa fina, y piel fina. ¡Carajo! quién lo diría. Estoy cumpliendo mi sueño asiático.

Dice que se llama Osaki. Por su tono de voz concluyo que no es exactamente el gran señor de charlatanes, o el juez de la noche y los bares. Advierto que no bebe, ni siquiera Whisky. Para mí, aquel asiático luce felizmente atontado, muy elegante y descuidado al mismo tiempo.

De mi boca salen rimas inverosímiles, a las que él responde con un toque discreto de humor. La charla es dinámica. Osaki no tiene una forma lineal de concebir el mundo. Al empezar una idea no suele terminarla. Esta queda suelta, recorriendo las otras mesas, persiguiendo a los meseros, cobrando las cuentas de los comensales, o pidiendo la propina.

Tras horas de conversación saca su paraguas, y en breve intuyo que nuestro primer acercamiento está terminando. Antes de su partida acordamos coincidir en una nueva cita. Al salir del café, lo primero que escucho es el latido díscolo de mi corazón gritándome que Osaki es demasiado rico para el amor.

Nuestro segundo encuentro está marcado por mi tardanza, entre los borbotones de gente que ocupa el Café Procope lo encuentro. Allí está paciente, perfectamente ubicado, quieto como un muñeco. Al verlo más de cerca siento una ligera tensión, de un momento a otro me invita a compartir el espacio.

El humo sutil del café recién servido combina a la perfección con la sonrisa de Osaki. Rompemos el hielo hablando del mal clima, la conversación avanza hasta que él me pregunta si puede retratarme.

¡Ay, pero qué romántico! Después de todo, los asiáticos no son tan raros, medito.

En seguida aparecen una libreta y un lápiz. De inmediato me percató de que Osaki tiene un espíritu muy sensible, proclive a la creación.

Perfectamente coordinado con el trazo, admiro las formas que compone. Hace parecer el arte de retratar el mundo como algo sencillo. La musicalidad del carboncillo contra el papel está en perfecta armonía con la música del café, incluso con las conversaciones de los otros.

Me quedo pensando en que ningún hombre me ha hecho un retrato. Sin duda Osaki me parece al menos tierno. Cuando termina su gran obra toma un último sorbo de café, me regala una sonrisa, paga la cuenta y se marcha.

Quedo atónita ante tan perfecta coreografía. Luego me pregunto la razón por la cual no me entrega el retrato. Pienso que el japonés se las está dando de místico conmigo.

No pasan muchos días antes de que vuelva a invitarme al Café Procope. Acepto sin mayor reparo. Espero que mi retrato esté terminado, la curiosidad por saber el resultado final de la pintura me invade.

Al llegar, Osaki pregunta si me molesta mirarlo fijamente. Ante la cuestión solo atino a decir que no tengo problema con eso. Sonreímos. En ese preciso instante me pregunta cuál es la tonalidad exacta de mis ojos. Azul turquesa, respondo encantada.

¿Y el de tu piel?

Nunca me habían preguntado por el tono exacto de mi piel. Blanco muy blanco, contestó.

¿Será un tipo de insinuación? sopeso.

Luego quiere averiguar sobre el color exacto de mi cabello.

Ante tantas cuestiones físicas, supongo entonces que hemos caído en un extraño tipo de coqueteo asiático. Parto nuevamente del Café Procope pensando en la singularidad del sujeto.

Los encuentros con Osaki continúan. Hemos dejado el Café Procope atrás. Esta vez me invita a un restaurante muy elegante. No advierto del lujo, ni del esplendor del lugar. Llego sin cumplir con la etiqueta, instantáneamente me convierto en la muchacha peor vestida de ese mundo. Un sitio repleto de mujeres a la moda. Él me dice que no me preocupe, me invita a disfrutar de la velada, a simplemente estar.

Sus ojos achinados me miran con atención, creo que quiere ver mi rostro desde distintos ángulos. Tal vez le gustan mis facciones. Entre baladas instrumentales transcurre la noche, con su mirada inquietante clavada en mí se nos agota el tiempo. La despedida es cálida, siento su boca caramelo pronunciar palabras indescifrables para mi oído.

Entiendo algo como malatesta.

¿Qué me habrá dicho?

Dedico el más largo de los tiempos a descubrir qué significa malatesta para los japoneses. Ante mis múltiples intentos por descifrar el acertijo, la búsqueda me es esquiva, no encuentro ningún significado. La exploración solo me lleva a un camino, al del fracaso. No hay rastro, no tengo ni la menor puta idea qué es malatesta. Noto que el término ni siquiera suena japonés.

Pero qué me importa lo que signifique.

Recreo su gesto, su sonrisa, me enternece esa imagen, quiero quedarme a vivir temporalmente en ella. Empiezo a sentir que me gusta el misterio, es decir, que me gusta Osaki. Pronto le pido al destino un nuevo encuentro. La gesta se cumple y al día siguiente me escribe para invitarme al Jardín de Tuileries.

Emocionada acepto.

Al llegar puedo detallarlo con ropa más informal sentado en una banca. Qué vistoso poder apreciar su cuerpo estilizado y sus ojitos rasgados esperándome. Resulta exquisita la manera cómo se refleja la luz del sol en Osaki ¿Acaso no es adorable?

Al verme me lanza una mirada profunda, inquietante, amorosa. Bellísima. Me invita a compartir con él la puesta de sol, o la banca, no lo sé. Esta vez pudimos trascender un poco. Me cuenta que es viudo, su esposa, Béatrice, murió hace diez años y desde entonces no ha salido con nadie.

¡Pobrecito! qué historia más triste.

Ahora reflexiono sobre lo significativo de nuestro acercamiento. Él me escogió a mí luego de tan desafortunada situación. ¡Qué especial! definitivamente no puedo defraudarlo.

Otro interrogante aparece casi de inmediato.

¿Debería pedirle respetuoso consentimiento a la muerta para estar con su marido?

Yo que nunca he rezado, ahora estoy de rodillas pidiendo a una esposa del más allá por una oportunidad con el japonésito. Por el inicio de un nuevo amor, o por una nueva vida. ¡Oh! suceso paradójico, quién diría que mi camino estaría ligado al de un viudo melancólico.

Por fin recibo la invitación que llevaba semanas esperando. Osaki me invita a su casa. ¡Dios! debo ponerme mi mejor atuendo, bañarme rigurosamente, y ni qué decir del perfume. Mientras me arreglo memorizo una y otra vez su dirección.

Al llegar veo una casa bellísima, pienso en lo encantador que resulta vivir allí. Osaki me abre la puerta. Al entrar noto que ha preparado la cena, la cual resulta magnífica. Sentados en el sofá pregunta si puede sentir la textura de mi piel. Noto su cuerpo cerca del mío. El contacto se ve interrumpido ante el ofrecimiento de una copa de vino.

A pesar del contacto, empiezo a sentir que algo extraño ocurre. Lo que sucede después, te cuento, no es más que un ágape desangelado. Lleno de silencios.

Con mi cara sonriente y mi corazón llorando decido ponerle fin a la velada. Antes de irme me entrega una carta. Sin más decido marcharme. Ya en casa abro el sobre de gran relieve. En su interior encuentro una hoja con una frase y dos mil euros en efectivo.

Gracias por tu colaboración, Virginia, dice.

Me va la puta madre, yo ni siquiera me llamo así.

¿Cuál colaboración?

¿En qué problema me habré metido?

Decido acabar con la duda interminable y aceptar una pena concreta y definitiva, así que le escribo de vuelta a Osaki, quien accede a lo que se convierte en nuestro último encuentro.

Al verlo siento cómo cada pieza de mi corazón se rompe. Juro olvidar el desafortunado suceso de conocerlo, mientras afirmo que jamás volveré a ilusionarme así. Como en cámara lenta detallo mejor la figura de Osaki. Reconozco su malatesta ropa y sobre todo su malatesta cara. Basta con una mirada un poco más abajo para comprobar que algo desagradable se avecina.

Osaki trae a una mujer en silla de ruedas. No me jodas. Este pendejo ya está con otra y no ha pasado ni una semana.

Estática, con los brazos estirados, noto que acaricia el culo de los hombres al pasar. Algo raro sucede. Ninguno se muestra intimidado por el tacto torpe de la dama en ruedas. Segundos después sospecho de su falta de movimiento. ¿Estará muerta?

Cuando por fin estoy cerca de Osaki me doy cuenta de que luce increíblemente desmejorado, increíblemente golpeado por la vida. Aspecto que trasciende a un segundo, tercer o cuarto plano al pasar de la ignorancia a la verdad.

Sonriendo, el pusilánime de Osaki me presenta a Sophy. Una versión muerta de mí, mejor dicho, una réplica siliconada mía. Horneada a ciento treinta grados, diseñada en molde. Trabajo cumbre de un artesano experto en colorización vendido al capitalismo rampante.

Me impresiona nuestro parecido. Eso sí, viste divino como yo lo he soñado, tal vez Osaki la lleve de viaje y a comer exuberantes platillos que jamás de los jamases yo probaré. La muñeca recorrerá centenares de destinos exóticos, estudiará en universidades de élite, conseguirá un trabajo en una multinacional exitosa. La Sophy tendrá la vida que yo quiero.

Después de una pensadera eterna, siento que estoy a punto del desmayo, me pregunto si yo he sido una malatesta, escogida copiosamente por el azar para darle vida a Sophy. No es complicado dejar de sufrir por Osaki, pues advierto que de seguro la muñeca lo joderá menos.

## La ley de Claudio Aquiles Lalanne

Aguantar todos los días a Claudio Aquiles Lalanne en la universidad resulta kármico. Estoy seguro de que si pagaran por ofender Claudio sería millonario. Él simplemente no deja amar ni odiar en paz. Ese puto flaco de mierda, carente de espiritualidad, no teme ofender a los ángeles, a los santos y a vosotros hermanos.

Claudio es feo porque sus papás debieron haberlo concebido en medio de un disgusto. Su cuerpo está compuesto por 50% de antipatía, 30% de cinismo, 10% de sagacidad y 10% de hipocresía. Como es de esperarse, Aquiles es inteligente porque en él habita el mal.

Solo él es capaz de contar historias pornográficas delante de una monja, o de manipular al mismísimo Jesucristo con el único fin de poner entredicho sus enseñanzas. Es como un animal salvaje que se alimenta de ironía y sarcasmo. Apuesto lo que sea a que la música del infierno suena idéntica a la risa de Claudio.

Sería ya muy obvio advertir que en el purgatorio educativo todos estamos hartos de él. No hay que ser iluminados para saber que Claudio está fuera de control. Parece que no le teme ni a los mismísimos asesinos de los días de fiesta. No me creerían, pero las figuras de autoridad se derriten agónicas frente a él.

¡Que alguien le haga por una buena vez un exorcismo al payaso de Aquiles!

Lo más triste es que nadie comprende nuestro dolor. No pasa nada. No valemos lo suficiente para que algo cambie. El reino de las humillaciones tiene un solo amo y señor. Ese título solo lo ostenta Claudio.

Él es malo, muy malo. Les roba las alhajas a los difuntos, vende serpentinas y papel confeti en los funerales, e incluso ha llegado a seducir viudas marchitas. Claudio jode y jode, pero esta vez ha ido muy lejos. Ha infectado con la enfermedad del beso a los hermanitos Lamuel. Las heridas en sus labios se profundizan al ser la comidilla de todos.

Nunca los hermanos vivieron en carne propia la burla, el sollozo o el miedo pueblerino de ser vistos. Los Lamuel miran con profundo odio el más mínimo asomo de sonrisa. La venganza se desnuda sin vergüenza frente a ellos.

Ante el odio desbocado de los Lamuel, se nos ha despertado la gula a todos. A las víctimas de Claudio, que tanto hemos aguantado, se nos rebotó la copa. No es difícil confabular una infinidad de posibilidades con el único propósito de provocar un infortunio doméstico.

¿Podríamos salir bien librados?

Lucrecia, Honorato e Iluminada no dudaron en unir sus odios a la causa. Fue cuestión de horas para que empezáramos a ambicionar lo que se convertiría en una muy pertinente misión. Concluí entonces que la existencia o inexistencia de un espíritu depende de la voluntad de varias tripas unidas.

El plan daba cuenta de los pasos exactos para hacer de Claudio un ídolo de piedra, con el único propósito de que todos pasáramos a una mejor vida. Claudio se convertiría en un ex fastidio, o en un ex malo, o en un ex iluso. Solo Dios sabe qué pasa cuando muchos odios se juntan para acabar con un demonio burlón.

¿Será que Claudio presentía lo que venía? Seguro nos miraría con esa cara de idiota para decirnos que le importa un jopo.

El fin de nuestra agonía de pronto tuvo fecha y hora. La risita paródica de Claudio no tenía escapatoria. Citamos al pobre idiota justo en el momento del día donde la claridad se rinde ante el libre albedrío del hombre.

Ahí estaba Claudio, listo para ser la víctima perfecta del delirio colectivo.

Recuerdo su expresión. Con ese bienaventurado júbilo propio de los plastas que son eternos. Pero era raro, el cuerpo de Claudio era jabonoso ante la tunda interminable de azotes. Todos torpes le pegábamos a la nada, al piso. Así nuestra rabia crecía sin parar como un incendio en el Amazonas.

Queríamos mandar directo y sin escalas a Claudio rumbo a bromear con San Pedro. La reacción del tipo era bostezar y mirar su reloj. Deduzco entonces que la gente materialista no le tiene miedo a la muerte.

Luego de golpes inciertos, Claudio empezó a reír con cada puñetazo recibido. Sacaba la lengua como una señal anárquica de nuestro control y nos mostraba su dedo angular. Aún tenía suficiente energía para imitarnos.

¡Cállate, hereje! Le gritamos.

El espectáculo se tornó cada vez más indecoroso. El puto de Claudio no dejaba de sabotear la golpiza. Un milagro hizo que desde el suelo lograra pescar no un pez, sino una nalga. De inmediato Lucrecia enfureció inútilmente, ya sin dignidad, ni feminidad, ni seriedad alguna.

Nada qué hacer compañero. El verdadero Dios de la humanidad es el sexo.

Ante el mar de palabrotas que brotó de la bella princesa, Claudio, ahogado entre olas de carcajadas, le exclamó ¡Querida, no sabes con quién estás hablando!

Todavía riendo agonizante, chupaba su sangre como un vampiro. Claudio parecía el conde Drácula. Tocar una gota de sus fluidos hubiese sido rebajarnos a desmedidos niveles de inmundicia.

Pero ni moribundo paraba de reírse, de hacer bromas y proclamar improperios. Mal herido se burlaba compulsivamente de nuestras distintas humanidades. Nunca vimos en él aquel

derrame de creatividad. Los juegos de palabras mezclados con nuestras identidades nos convirtieron a todos en fieles seguidores de Satán.

Pero los golpes amontonados no perdonan. Ya su voluntad sucumbía ante la fuerza o la seriedad. En todo caso ya no se movía. No sentimos tristeza, ni arrepentimiento. Nadie se preguntó por los servicios fúnebres, o los posibles dolientes del bufón.

Pensamos que aquel aspirante a cómico había por fin cometido la excentricidad de morir. No hubo estuche privado de llantos. Solo Iluminada y Lucrecia se atrevían a discutir sobre los posibles inconvenientes que iba a ocasionar la partida del cuentachistes. Conversaban sobre lo peligroso, e incluso subversivo, que resulta convertir un muerto en catástrofe pública.

Era por poco curioso que la principal tajada en el reparto del dolor se la llevara el propio muerto, al ver, desde el más allá, lo aliviados que estábamos todos por la ausencia de ocurrencia, risa o malicia. Al acercarnos al cuerpo pudimos percibir su falta de pulso. Por fin Claudio era un ser inerte. No tardamos en pasar del frenesí histérico a la preocupación.

¿Qué íbamos a hacer con Claudio?

Un largo silencio invadió la escena. Pronto éramos un reguero de filósofos trascendentalitas encontrando una buena explicación al suceso. Ni modos, no podíamos ocultar que el desquite del espíritu sobre la carne no nos desligaba de la brutalidad del acto.

Habíamos matado a Claudio.

Pronto nos vimos arrastrados por la marea roja de lo que alguna vez fue nuestra pesadilla. Al ver el desastre huímos del sitio, mientras el cuerpo se ablandaba como una esponja.

Tuvimos tiempo suficiente para debatir sobre cuestiones de ultratumba. Tratamos de echarle la responsabilidad del crimen a un espía ruso de costumbres dudosas. Incluso, Lucrecia trató

de consolarnos argumentando que este país es de coimas, como toda buena institución. Iluminada habló casi convencida del derecho a la defensa personal.

Opiniones, las que quisiéramos, pero ninguno podía desligarse del pasado, lo llevábamos dentro de nosotros. Resolvimos que lo mejor sería irnos para nuestras casas. Ya el muerto estaba hecho.

Nos esperaba un fin de semana largo, una vida eterna sin Claudio.

Se hizo lunes. Tuvimos un casi angelical regreso a clases. El puesto de Claudio felizmente vacío nos auguraba un silencio sepulcral. Quién diría que no habría lamentos, ni anuncios parroquiales, ni sentido pésame, ni publicaciones, ni fotos con listón negro y su cara.

¿Nadie extrañaba a Claudio?

Su ausencia se estaba tornando algo anormal. Como si la risa, la burla, los chistes de doble sentido, los adjetivos calificativos no se hubiesen descubierto. Como si Claudio fuera un producto de nuestra imaginación.

Ya en la jornada de la tarde, vimos un lujoso convertible rojo.

Aquel auto del infierno nos demostró que Claudio iba a resucitar una o cien veces más, y que ni Dios padre iba a soportarlo. El todo poderoso se había cansado de tenerlo a su derecha jodiendo. Ya agotado había decidido mandarlo de regreso. Error nuestro fue no acordar con el creador el no retorno de Claudio. Aquí en el purgatorio, señor, no aceptamos devoluciones.

Con un aire casi borbónico el renacido caminó lento para mirar al cielo o al infierno, mientras se acercaba para ocupar su puesto. Claudio entre chiste y chanza había desafiado la muerte.

¿Quizás había fingido estar herido?

¡Qué novedad! Allí estaba el bobo burlándose de nosotros una y otra vez. ¿Con qué intenciones se hizo el muerto? En definitiva, la risita es curadora y resucita cadáveres indeseables. Eso sí, una cosa quedó clara ese día.

Para la gente insufrible como Claudio no hay ley.

## Bibliografía

- Bachelard, Gastón. La poética del espacio. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Bryce Echenique, Alfredo. Tantas veces Pedro. Barcelona: Plaza y Janes, 1988.
- Cortázar, Julio. Un tal Lucas. Madrid: Ediciones Alfaguara, 1979.
- Denevi, Marco. Asesinos de los días de fiesta: Novela. 5ª ed. Buenos Aires: El Ateneo, 1986.
- Denevi, Marco. Rosaura a las diez. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967.
- Denevi, Marco. Un pequeño café. 3ª ed. Buenos Aires: Calatayud Editor, 1967.
- Donoso, José. "Chattanooga Choochoo" En: Tres novelitas burguesas. 2ª ed. Barcelona: Editorial Seix Barral, s. f.
- Esquivel, Laura. Como agua para chocolate. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1997.
- Genette, Gérard. Palimpsestos: la literatura en segundo grado. Madrid: Taurus, 1989.
- Hernández, Felisberto. Las Hortensias. Montevideo: Escritura, 1900.
- Ibargüengoitia, Jorge. Dos crímenes. México: Brand Booket, 2009.
- Lerner, Elisa. Crónicas ginecológicas. Caracas: Línea Editores, 1984.
- Lispector, Clarice. La Hora de La Estrella. Madrid: Siruela, 1992.
- Lispector, Clarice. "Una gallina." En: Lazos De Familia. Barcelona: Montesinos, 1988.
- Vega, Ana Lydia y Lugo Filippi, Carmen. "Pollito Chicken." En: Vírgenes y mártires. 5ª ed. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial Antillana, 1994.
- Vincenti, Carmen. "Me enamoré de un hipopótamo" En: Cuentos de seducción. Bogotá: Panamericana Editorial, 2006.

## Fuentes virtuales

Real Academia Española. "Diccionario de la lengua española". Sitio web de la Real Academia Española. Consultado el 18 de junio de 2023. <https://dle.rae.es/iron%C3%ADa>

Real Academia Española. "Diccionario de la lengua española". Sitio web de la Real Academia Española. Consultado el 17 de junio de 2023. <https://dle.rae.es/s%C3%A1tira> y <https://dle.rae.es/intertextualidad>